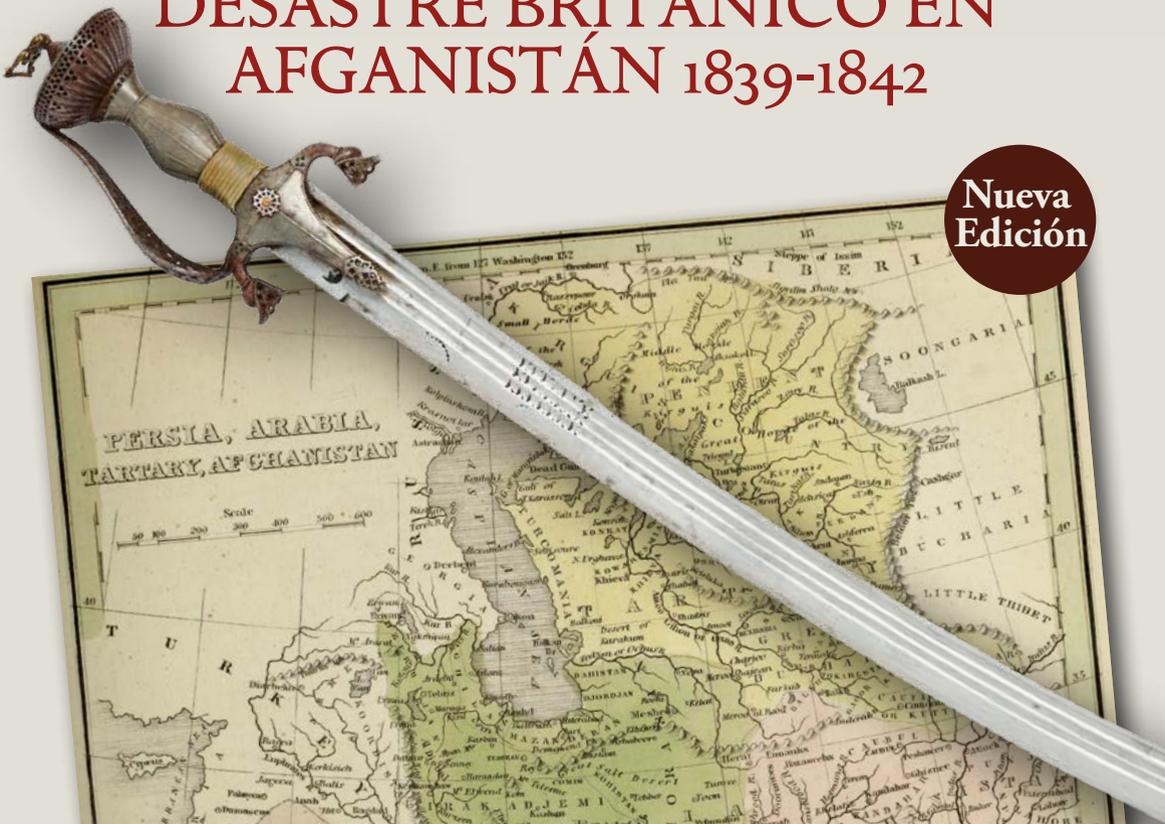


# William Dalrymple

## EL RETORNO DE UN REY

### DESASTRE BRITÁNICO EN AFGANISTÁN 1839-1842

Nueva  
Edición





«Reino Unido invadió, sin éxito, Afganistán en 1839 para hacer frente a la creciente influencia rusa en la región. En *El retorno de un rey*, William Dalrymple recuerda una de las mayores humillaciones militares de la historia».

Guillermo Altares, *El País*

«Una narración con momentos de viveza comparable a la que imprimió Rudyard Kipling [...] a *Kim de la India*; un libro enriquecido por decenas de citas literarias afganas, absolutamente novedosas en el mundo occidental. Y, fundamental, un texto en el que se entremezclan las intrigas y aventuras de los agentes de Londres y de Moscú, seres fantásticos cuyos servicios constituían la vanguardia de los intereses de aquellos imperios».

David Solar, *La Razón*

«El historiador escocés William Dalrymple afronta este periodo histórico no solo en función de las fuentes británicas. Además, aporta el estudio de escritos afganos hasta ahora ignorados en la visión histórica de la Primera Guerra Anglo-Afgana. Su mirada analiza tanto los factores estratégicos, económicos, militares y políticos que llevaron a la Compañía de las Indias Orientales a intervenir en la política interna de Afganistán, como la visión afgana frente a estos acontecimientos».

Íñigo Pereyra, *Desperta Ferro Historia Moderna*, n.º 29

«Genial [...]. Aquellos que hayan leído *White Mughals* y *El último mogol* saben a lo que se exponen: un estilo muy fluido, profunda humanidad y, sobre todo, una extraordinaria habilidad para evocar el mundo perdido de los mogoles y los afganos [...]. Los retratos de los personajes son una verdadera obra de arte [...] *El retorno de un rey* es la más rica y poderosa descripción del primer encuentro de Occidente con la sociedad afgana».

John Darwin, *New York Times*

«Soberbio [...] los acontecimientos descritos en el *El retorno de un rey* todavía, incluso ciento setenta años después, siguen teniendo el poder de conmovernos y así es como debe ser. Esperemos que cualquier futuro líder de los británicos que se plantee intervenir en Afganistán, o en cualquier otra parte del mundo musulmán, lea el libro de Dalrymple».

*Financial Times*

«La escritura de Dalrymple es cautivadora, inteligente y de gran picardía. Sus historias se leen como si fueran novelas [...]. Este libro, placentero y aterrador a un tiempo, señala con el dedo a las dos partes envueltas en el conflicto por sus engaños, sus traiciones y su crueldad [...]. Magnífico».

*Wall Street Journal*

«Fruto de una extensísima investigación, gracias a la cual ha aportado abundante y nueva documentación, el libro cuenta la historia desde ambos puntos de vista, el de los invasores y el de los invadidos, y constituye, con diferencia, el relato más exhaustivo del conflicto escrito hasta la fecha».

Saul David, *Daily Telegraph*

«William Dalrymple es un maestro de la narración, que instila tal pasión, vivacidad y sensación de realidad a los personajes históricos de la Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842) que, al final de las casi quinientas páginas, sientes que has marchado, luchado, cenado y confabulado con todos ellos: cuando la terminé de leer, volví a empezar».

*Independent*

«Una obra de arte [...]. Dalrymple hace una contribución esencial al incluir fuentes afganas acerca de la guerra recientemente descubiertas».

*Washington Post*

EL  
**RETORNO  
DE UN REY**

DESPERTA FERRO



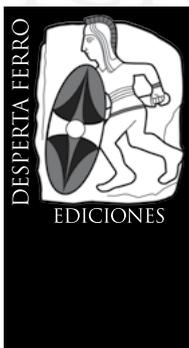
EDICIONES



William Dalrymple  
EL  
**RETORNO  
DE UN REY**  
DESASTRE BRITÁNICO EN  
AFGANISTÁN 1839-1842

DESPERTA FERRO

EDICIONES



El retorno de un rey  
Dalrymple, William  
El retorno de un rey / Dalrymple, William [traducción de Alba María Villar Gómez].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021. – 560 p. [32] p. de lám. ; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.  
D.L.: M-12720-2021  
ISBN: 978-84-123239-0-0  
94(420/581/540) "18"  
929.521 355.352

## **EL RETORNO DE UN REY**

### ***Desastre británico en Afganistán 1839-1842***

William Dalrymple

Título original:

*Return of a King. The Battle for Afghanistan.*

*First Published by Bloomsbury Publishing Plc.*

*This translation of Return of a King is published by Desperta Ferro Ediciones by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc. All rights reserved.*

Esta traducción de *El retorno de un rey* la publica Desperta Ferro Ediciones según acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc. Todos los derechos reservados.

© William Dalrymple, 2013

ISBN: 978-1-4088-3159-5

© de los mapas e ilustraciones: Olivia Fraser, 2019

© de esta edición:

*El retorno de un rey.*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-123239-0-0

D.L.: M-12720-2021

Traducción: Alba María Villar Gómez

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro y Antonio Miguel Jiménez Serrano

Primera edición: junio 2021

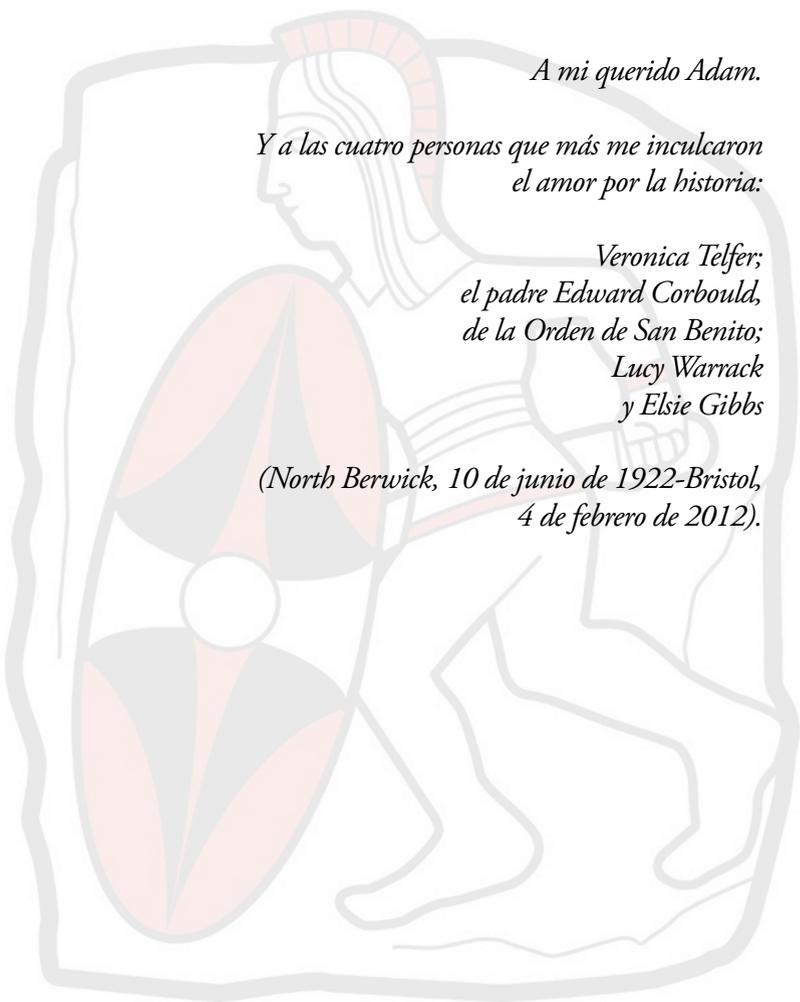
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2021 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantía Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO



*A mi querido Adam.*

*Y a las cuatro personas que más me inculcaron  
el amor por la historia:*

*Veronica Telfer;  
el padre Edward Corbould,  
de la Orden de San Benito;  
Lucy Warrack  
y Elsie Gibbs*

*(North Berwick, 10 de junio de 1922-Bristol,  
4 de febrero de 2012).*

EDICIONES

Los grandes reyes siempre han documentado los acontecimientos de sus reinados, en ocasiones escribiéndolos ellos mismos, si poseían ese talento, o, por lo general, confiando dicho cometido a historiadores y escritores, con la intención de que tales obras sobrevivieran al paso del tiempo.

Así fue como este humilde peticionario de la corte de Dios misericordioso, el sultán Shuja al-Mulk Shah Durrani, decidió registrar las batallas y los acontecimientos de su reinado para que los historiadores de Jorasán dispusieran de un relato verídico de los hechos y los lectores sensatos prestaran atención a estos ejemplos.

Shah Shuja, *Waqi'at-i Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja].

DESPERTA

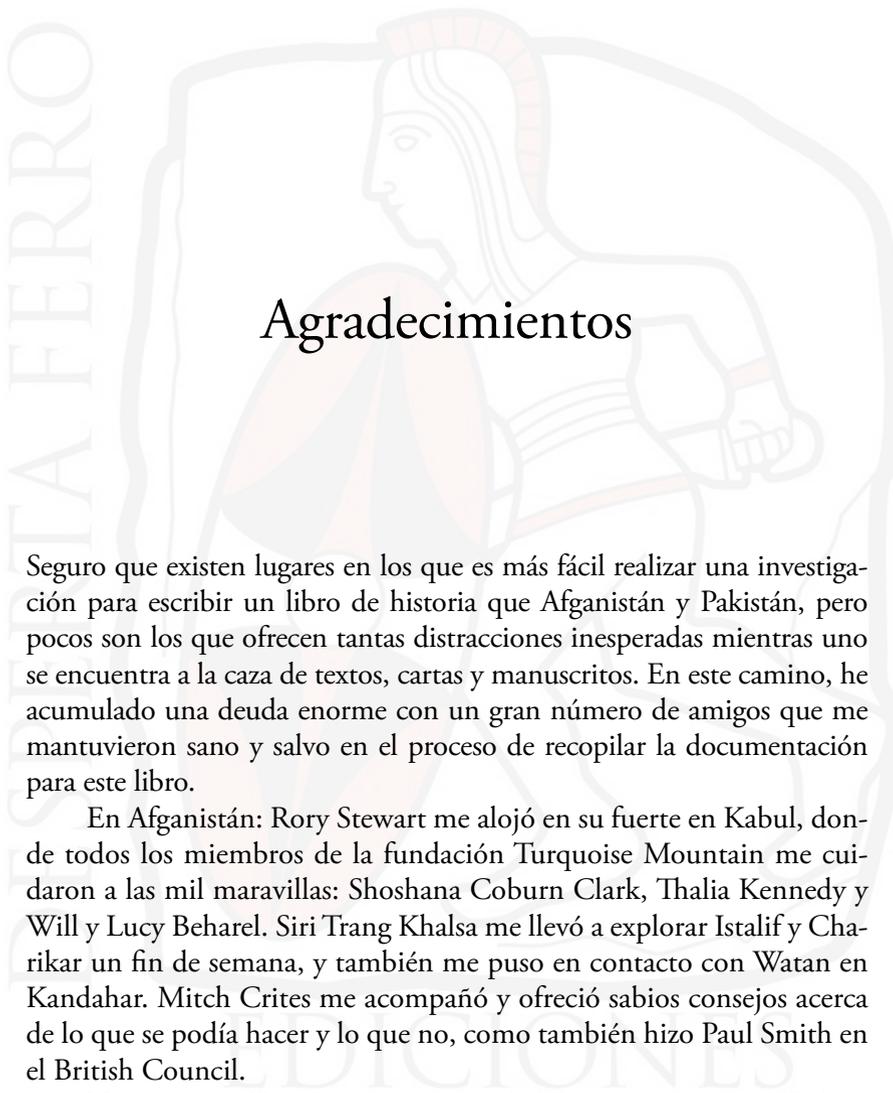
EDICIONES

# Índice

Agradecimientos .....	IX
Mapas .....	XVI
<i>Dramatis personae</i> .....	XIX
Los Sadozais y los Barakzais .....	XXXV
<b>1</b> Un lugar difícil de gobernar .....	1
<b>2</b> Una mente atribulada .....	29
<b>3</b> Comienza el Gran Juego .....	73
<b>4</b> La boca del infierno .....	139
<b>5</b> El estandarte de la guerra santa .....	191
<b>6</b> «Fracasamos por nuestra ignorancia» .....	245
<b>7</b> Y reinó el caos .....	283
<b>8</b> El lamento de las cornetas .....	341
<b>9</b> La muerte de un rey .....	375
<b>10</b> Una guerra sin sentido .....	411
Notas del autor .....	471
Glosario .....	485
Bibliografía .....	491
Índice analítico .....	513

En la edición de este libro hemos tenido que optar entre transliterar y transcribir ciertos términos procedentes del urdu, el persa, el hindi, etc. Para ello, hemos elegido, un criterio de transcripción (una representación aproximada mediante el alfabeto latino y la interpretación fonética usual de las letras de la pronunciación del nombre en su lengua original) que nos parece el más adecuado para mantener el respeto a las lenguas de las que proceden estos términos, además de considerar que resulta más enriquecedor para el lector.





## Agradecimientos

Seguro que existen lugares en los que es más fácil realizar una investigación para escribir un libro de historia que Afganistán y Pakistán, pero pocos son los que ofrecen tantas distracciones inesperadas mientras uno se encuentra a la caza de textos, cartas y manuscritos. En este camino, he acumulado una deuda enorme con un gran número de amigos que me mantuvieron sano y salvo en el proceso de recopilar la documentación para este libro.

En Afganistán: Rory Stewart me alojó en su fuerte en Kabul, donde todos los miembros de la fundación Turquoise Mountain me cuidaron a las mil maravillas: Shoshana Coburn Clark, Thalia Kennedy y Will y Lucy Beharel. Siri Trang Khalsa me llevó a explorar Istalif y Charikar un fin de semana, y también me puso en contacto con Watan en Kandahar. Mitch Crites me acompañó y ofreció sabios consejos acerca de lo que se podía hacer y lo que no, como también hizo Paul Smith en el British Council.

No todos los días tengo la oportunidad de encontrar a un jefe de la Policía secreta que se haya leído con atención tu trabajo, y estoy agradecido a Amrullah Saleh, del NDS, que era entonces jefe de seguridad del presidente Karzai, tanto por su temible crítica de *El último mogol* (en su opinión Zafar era un pusilánime, digno del mayor de los desprecios,

que carecía de fervor patriótico y no merecía ninguna simpatía), como, en especial, por haberme presentado a Anwar Khan Jagdalak, bajo cuya protección pude rastrear la ruta de la retirada. Anwar Khan puso en riesgo su propia vida para mostrarme su aldea natal; siempre estaré en deuda con él.

También estoy inmensamente agradecido a Najibulla Razaq, que vino conmigo a Jagdalak, Jalalabad y Herat. Siempre supuso una fuente inagotable de consejos tranquilizadores frente a los típicos imprevistos afganos a los que nos enfrentamos. Nunca olvidaré el momento en el que, en mi primer viaje, aterrizamos juntos en Herat, donde descubrimos que la antigua terminal de los años cincuenta del aeropuerto estaba cerrada, ya que el hombre que tenía la llave del edificio se había ido a la oración del mediodía. Esto sucedía después de que, en el momento de facturar, me dieran una tarjeta de embarque donde se leía «Kabul-Riad»; al asegurarles que mi destino era Herat, el empleado de la aerolínea me respondió que no importaba, «te dejarán montar en el avión de todos modos». Cuando un viejo tractor llegó y dejó nuestro equipaje al lado de la pista de aterrizaje, en ausencia de carros, Najibulla encontró rápidamente a dos niños pequeños con carretillas que transportaron nuestras bolsas a la fila de coches marcados por la metralla que formaban la flota de taxis de Herat. Najibulla fue también un excelente guía en el Museo de la Yihad de Herat, una colección de objetos abandonados por los extranjeros que cometieron la torpeza de intentar conquistar Afganistán: desde cañones británicos de la Primera Guerra Anglo-Afgana, hasta tanques, aviones y helicópteros de combate rusos; seguro que, en breve, se sumarán a la colección los Humvee americanos y los Land-Rover británicos.

*Sir* Sherard Cowper-Coles, el representante especial británico, me invitó a su pícnic de despedida en Panjshir, donde, al abrigo de los sauces a orillas del río, disfrutamos de un almuerzo inglés algo peculiar, bajo la llovizna, con alfombras, sándwiches de pepino y *chardonnay* servido en vasos de plástico. Si no fuera por su falange de guardaespaldas, siempre en alerta, con sus *walkie-talkies* chisporroteantes y los fusiles de asalto cargados, así como por los restos de vehículos de transporte de tropas soviéticos y de los helicópteros de combate derribados, podríamos haber estado perfectamente en los Cotswolds. Allí, Sherard me informó sobre la situación política y hablamos de los paralelismos con la Primera Guerra Anglo-Afgana. También me asesoró en materia de seguridad y me proporcionó un minúsculo aparato de rastreo, por satélite de alta tecnología, por si me secuestraban de camino a Gandamak: al pulsar el botón del pánico, este enviaría mi ubicación y me permitiría grabar unos segundos

de audio, en los que se suponía que debía identificar a mis posibles captores. Lo llevé conmigo, y me alegré de poder devolverlo sin haber tenido que utilizarlo.

El general de brigada Simon Levey me ofreció un mapa satelital de la ruta de la retirada muy útil. Jayant Prasad y Gautam Mukhopadhaya, de la Embajada india, fueron muy hospitalarios. Saad Mohseni y Thomas Ruttig me proporcionaron consejos útiles y contactos por todo Afganistán. Debo también mucho a otros amigos que hice en Kabul, incluidos Jon Lee Anderson, Jon Boone, Hayat Ullah Habibi, Eckart Schiewek y Summer Coish.

El doctor Ashraf Ghani, historiador erudito y exministro de Hacienda, me brindó una ayuda inestimable con las fuentes persas y afganas, mientras que Jawan Shir Rasikh me llevó al bazar de libros de Kabul en Jowy Sheer, donde encontramos la mayoría de ellas. Andy Miller, de la Unesco, me ayudó a obtener acceso al Bala Hisar y me mantuvo alejado de los campos de minas soviéticos mientras lo explorábamos. Sayed Makdoun Rahin y el doctor Omar Sultan me llevaron a los archivos de Kabul, y Ghulam Sakhi Munir me ayudó una vez en su interior. El fabuloso Philip Marquis, de la misión arqueológica francesa (DAFA), me facilitó el acceso a su fantástica biblioteca, así como a su buen humor galo, al *camembert* y al mejor burdeos de Afganistán.

Jolyon Leslie compartió conmigo sus amplios conocimientos y su experiencia; gracias a él pude entrar en la tumba de Timur y en la ciudadela de Herat, ambas maravillosamente restauradas por el aga khan, que movilizó a un número de trabajadores ingente, aún mayor que los que aparecen en las epopeyas bíblicas, para retirar enormes cantidades de tierra y poder así sacar a la luz la fabulosa decoración de azulejos tímúridas, que había permanecido escondida durante siglos. Durante la restauración, Jolyon tuvo que deshacerse de los vestigios de la artillería y de los emplazamientos antiaéreos que habían quedado desde la ocupación soviética, así como de una bomba trampa que habían dejado en la ciudad de Herat como regalo de despedida: una cadena de proyectiles conectados con la vieja batería de un tanque en lo alto de una torre de planta hexagonal del siglo XII; de este modo, los bastiones construidos por primera vez para defender Herat de las hordas mogolas seguían siendo utilizados para defender a los rusos de los muyahidines, hace poco más de dos décadas.

La afectuosa e intrépida Nancy Hatch Dupree me acompañó por los acantonamientos de Kabul y la colina de Bibi Mahru, y me ayudó de mil maneras. A sus ochenta y cuatro años, continúa viajando entre

sus residencias de Kabul y Peshawar, en ocasiones conduce ella misma a través del paso Jáiber y otras en los vuelos de la Cruz Roja: «Yo soy su única pasajera regular», me dijo hace no mucho, cuando me la encontré en el aeropuerto de Kabul. Uno de los mejores recuerdos que tengo de mi primer viaje de investigación a Kabul fue una cena con Nancy en el Gandamak Lodge. A mitad del primer plato, resonaron ráfagas de armas automáticas justo afuera. Todos los curtidos periodistas se olvidaron de la comida y se zambulleron bajo las mesas; solo Nancy permaneció indiferente, a la vez que anunciaba desde su asiento: «Creo que voy a terminarme las patatas fritas».

En Kandahar, Hazrat Nur Karzai se hizo cargo de mí, y mis guías fueron Alex Strick von Linschoten (por teléfono) y Habib Zahori (en persona); Mark Acton, William Jeaves y Dave Brow, de Watam Risk Management, me protegieron y acogieron con gran generosidad en su villa Watan: ¿quién iba a pensar que una casa llena de exguardias escoceses, y en unas condiciones tan tensas, podría uno mantenerse a salvo de la bebida durante semanas? Pero les estoy muy agradecido: Kandahar no es un lugar para visitar sin algo de ayuda.

En Pakistán: mientras hablaba con el maravilloso Ahmed Rashid y rebuscaba en su magnífica biblioteca, me di cuenta, para mi sorpresa, de lo similares que son la situación actual y la de 1839-1842. Mohsin y Zahra Hamid me acogieron cuando estaba investigando en Lahore y me ofrecieron entretenimiento por las tardes y una delicioso *khana* (comida) punyabí. Estoy especialmente agradecido con el padre de Mohsin por haberme cedido su estudio para instalar mi cama plegable. Durante mi estancia allí, Fakir Aijazuddin, Ali Sethi, Sohaib Husain Sherzai y el señor Abbas, de los archivos del Punyab, me aconsejaron con mucha amabilidad, además de facilitarme el acceso a documentos y a nuevas fuentes en farsi y en urdu. Farrukh Husain me ayudó a encontrar la *haveli* Mubarak y me habló sobre la *tykhana* a través de la cual su antepasado había ayudado a Shah Shuja a escapar de su arresto domiciliario.

En la India: mi vecino Jean-Marie Lafont me instruyó en la historia sij y en el papel de los generales franceses del Fauch-e Khas; Michael Axworthy me ilustró acerca de los kayares; y James Astill compartió conmigo sus valiosos contactos afganos. El ilustre profesor B. N. Goswamy encontró algunas imágenes muy interesantes en Chandigarh e hizo todo lo posible para enviarme los archivos en jpg y para ayudarme a conseguir los permisos. Reza Hosseini tuvo la enorme generosidad de hablarme sobre su importante hallazgo de una copia manuscrita en persa del *Muharaba Kabul wa Qandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar],

que encontró en los Archivos Nacionales y, además, me dio una copia de la edición publicada en Kanpur en 1851. Fazal Rahman y Sachin Mulji descubrieron algunos materiales sorprendentes en los Archivos Nacionales. Payam Yazdanjoo me ayudó a traducir el texto del *Jangnama* [Historia de la guerra]. Lucy Davison, de Banyan, logró organizar la logística para realizar un viaje de investigación siguiendo la ruta del desastroso intento de Shah Shuja, en 1816, de invadir Cachemira a través de los pasos montañosos de la cordillera de Pir Panjal.

En el Reino Unido: David Loyn, James Ferguson, Phil Goodwin y mi primo Anthony Fitzherbert me dieron consejos sobre cómo recorrer el moderno Afganistán. Charles Allen, John Keay, Ben Macintyre, Bill Woodburn y Saul David fueron de gran ayuda al compartir conmigo sus conocimientos sobre la historia de Afganistán y ponerme sobre la pista de nuevas fuentes. Farrukh Husain, de la librería Silk Road Books, me envió paquetes y paquetes de informes victorianos sobre la guerra; también me ayudó a sacar a la luz y a transcribir materiales sin publicar que él mismo encontró en los archivos de la Royal Geographical Society y del National Army Museum. Peter y Kath Hopkirk –cuyo célebre trabajo sobre el Gran Juego me introdujo, al igual que a muchos de mi generación, a la Primera Guerra Anglo-Afgana– me ayudaron con la figura de Alexander Burnes; también lo hizo su nuevo biógrafo, Craig Murray, cuyo próximo trabajo parece prometer una importante reevaluación de este fascinante personaje. Sarah Wallington y Maryam Philpott encontraron fuentes muy valiosas en la British Library; además, Pip Dodd, en el National Army Museum, Sue Stronge, en el Victoria and Albert Museum, y John Falconer, en la British Library, hicieron todo lo posible para permitirme el acceso a sus colecciones de arte. Tengo un muy grato recuerdo de una tarde en los almacenes del British Museum, en compañía de Elizabeth Errington, revisando las cajas en las que se encontraban, minuciosamente catalogados, los hallazgos más significativos de Charles Masson.

En Moscú, el doctor Alexander Morrison y Olga Berard consiguieron localizarme los informes de inteligencia de Ivan Vitkevitch. Numerosos especialistas me ayudaron cuando me tocó lidiar con las fuentes persas y urdus: Bruce Wannell se alojó en una tienda de campaña en mi jardín en Delhi, durante varias semanas, para trabajar conmigo en el *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], el *Muharaba Kabul wa Qandahar* y el *Naway Ma'arek* [El canto de las batallas]. Aliyah Naqvi aparcó momentáneamente su tesis sobre la corte de Akbar para ayudarme con otro Akbar y con el *Akbarama* de Maulana Hamid

Kashmiri. Tommy Wide trabajó en el *Jangnama* [Historia de la guerra] y el *'Ayn al-Waqayi* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], y me ayudó a comprobar la identidad de los ocupantes de las sepulturas sadozais del interior y de los alrededores de la tumba de Timur. Danish Husain y su madre, la profesora Syeda Bilqis Fatema Husaini, trabajaron juntos en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes] y en las *Cartas* de Aminullah Khan Logari. Estoy especialmente agradecido a Robert McChesney por haberme enviado generosamente su traducción del *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz].

Numerosos amigos tuvieron la gentileza de leer partes del libro y aportar críticas constructivas, entre ellos: Chris Bayly, Ayesha Jalal, Ben Hopkins, Robert Nichols, Alexander Morrison, Ashraf Ghani, Anthony Fitzherbert, Chiki Sarkar y Nandini Mehta —el brillante equipo de Penguin India—, Akash Kapur, Fleur Xavier, David Garner, Monisha Rajesh, James Caron, Jawan Shir Rasikh, Maya Jasanoff, Jono Walters, Sam Miller, Jolyon Leslie, Gianni Dubbini, Sylvie Dominique, Pip Dodd, Tommy Wide, Nile Green, Christine Noelle, Michael Semple, Benedict Leigh y Shah Mahmoud Hanifi. Jonathan Lee pasó semanas realizando minuciosas anotaciones y comentarios en un borrador temprano de este manuscrito, y me ayudó a comprender mucho mejor la compleja dinámica del levantamiento, que, inicialmente, no supe explicar. Algunos de los días más interesantes y útiles para la preparación de este libro trascurrieron durante la visita que le hice en Nueva Zelanda, cuando caminábamos a lo largo de tormentosas playas invernales al norte de Auckland mientras me explicaba la complejidad de la historia tribal afgana.

He tenido la suerte de tener como agente al extraordinario David Godwin y a mis brillantes editores en Bloomsbury: Michael Fishwick, Alexandra Pringle, Nigel Newton, Richard Charkin, Phillip Beresford, Katie Bond, Laura Brooke, Trâm-Anh Doan, David Mann, Paul Nash, Amanda Shipp, Anna Simpson, Alexa von Hirschberg, Xa Shaw Stewart y Diya Hazra, que se aventuraron en este proyecto con enorme energía y entusiasmo; gracias también a Peter James, Catherine Best, Martin Bryant y Christopher Phipps; en Knopf, a Sonny Mehta, Diana Coglianese y Erinn B. Hartman; a Vera Michalski en Buchet Chastel y, en Italia, al inigualable Roberto Calasso, en Adelphi. Estoy también muy agradecido con Richard Foreman por todo lo que ha hecho por mis libros, ya desde *El último mogol*.

Un escritor depende más que nada del amor y de la comprensión de su familia. Olive, Ibbey, Sam y Adam han sido unos verdaderos ángeles mientras su marido y padre, cada vez más obsesionado, vagaba por el Hindu Kush y

solo volvía a casa para sentarse a aporrear con estrépito las teclas del ordenador portátil, en el rincón al fondo del jardín, alejado mentalmente de la vida familiar y con la cabeza puesta en los problemas y traumas del Afganistán de 1840: os pido disculpas y os doy las gracias.

Este libro está dedicado al más joven de nuestros hijos, que sigue viviendo en Delhi, mi querido Adam.

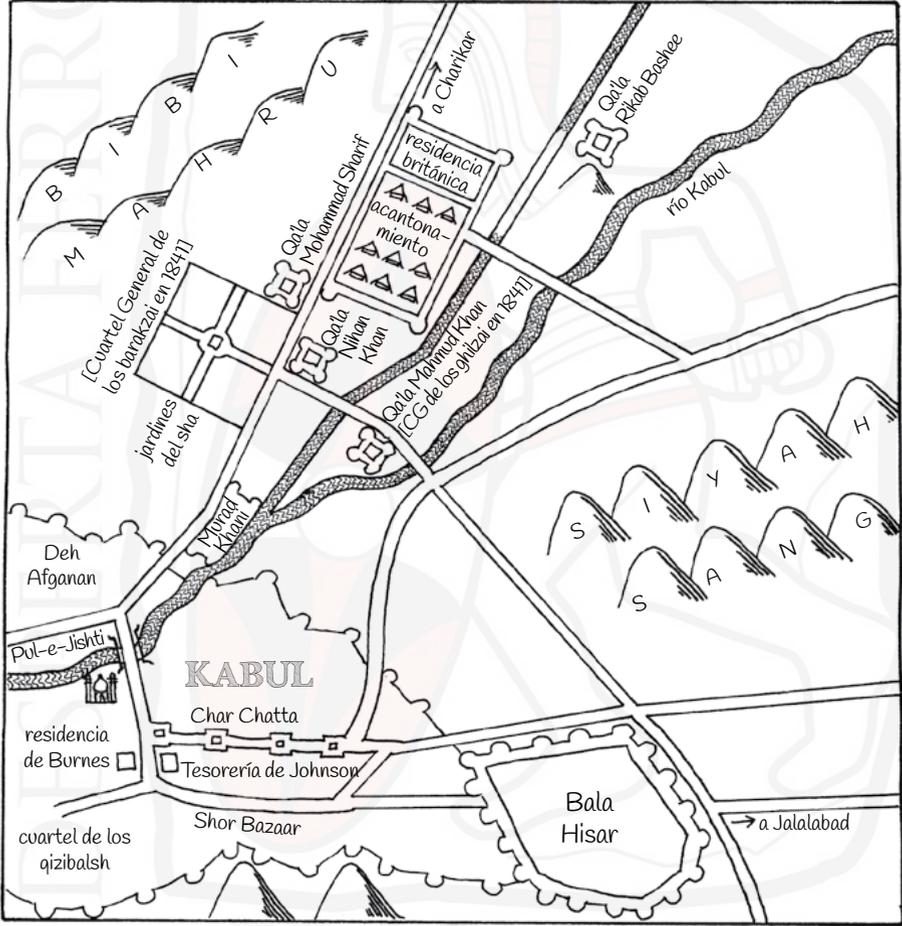


# LA INVASIÓN DE AFGANISTÁN, 1839-1842



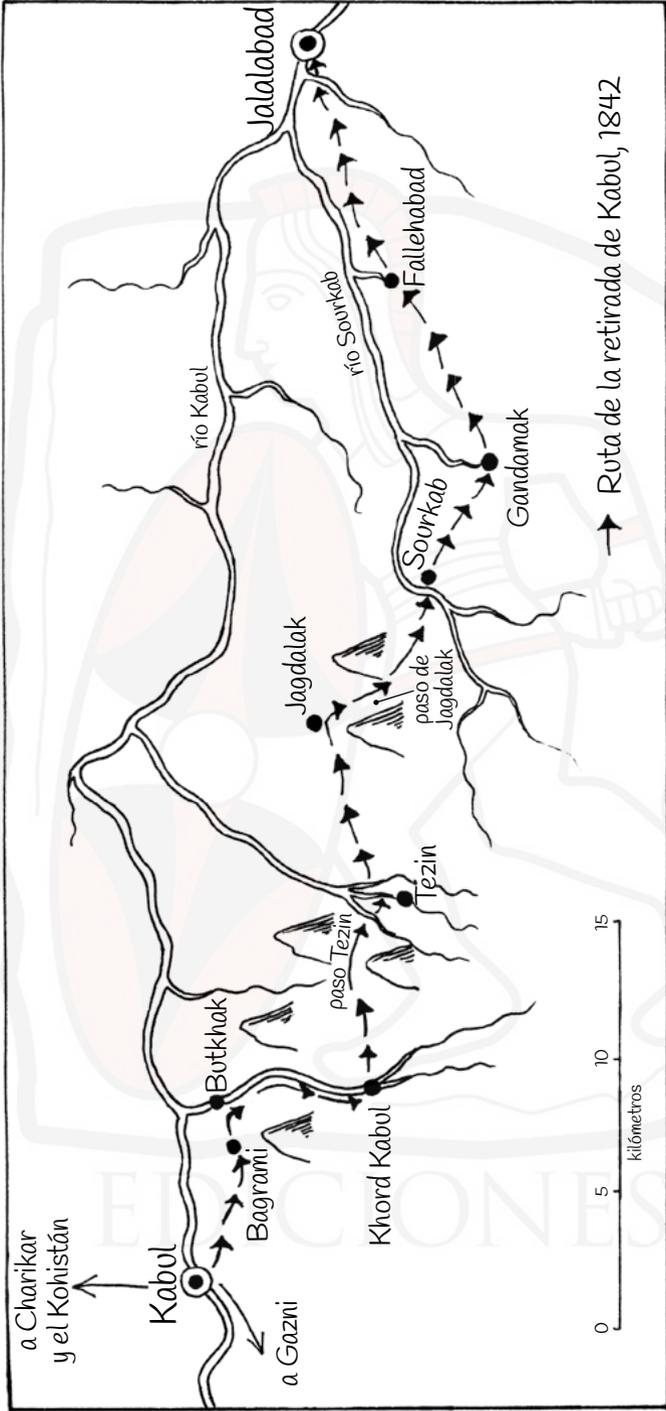
EDICIONES

# KABUL, 1839-1842



# DESPERTA FERRO

## RUTA DE LA RETIRADA, 1842



## *Dramatis personae*

### LOS AFGANOS

#### **Los Sadozais**

**Ahmad Shah Abdali (1722-1772):** nacido en Multán, Ahmad Shah llegó al poder al servicio del señor persa de la guerra Nadir Shah. Cuando este murió, Ahmad Shah se apoderó del cofre que contenía las joyas mogolas del sha, entre ellas el diamante Koh-i-Nur, y las utilizó para financiar las conquistas de Kandahar, Kabul y Lahore; posteriormente, lanzó una serie de ofensivas fructíferas en la India. Tras atribuirse el título de *durrani* («perla de perlas»), levantó un imperio después de la caída de otros tres imperios asiáticos: los uzbekos en el norte, los mogoles en el sur y los safávidas de Persia al oeste. En el momento de máxima expansión, su imperio se extendía desde Nishapur –en el moderno Irán– hasta Cachemira, a través de Afganistán, Punjab y Sind, y hasta las mismas puertas de Delhi, la capital de los mogoles. Ahmad Shah Abdali murió por un tumor en la nariz que terminó por afectarle al cerebro.

**Timur Shah (r. 1772-1793):** hijo de Ahmad Shah Abdali y padre de Shah Mahmoud, Shah Zaman y Shah Shuja. Timur mantuvo con éxito el corazón afgano del Imperio durrani que había heredado de su padre, pero

perdió los extremos de la India y Persia. Fue él quien trasladó la capital de Kandahar a Kabul para evitar las tierras turbulentas de los pastunes. A su muerte, su legado fue disputado de manera violenta por sus veinticuatro hijos, que llevaron al Imperio durrani a una guerra civil.

**Shah Zaman (r. 1793-1800, † 1844):** Shah Zaman sucedió a su padre, Timur Shah, en 1793, e intentó, con poco éxito, salvar del colapso al Imperio durrani fundado por su abuelo. Tras el intento fallido de invasión del Indostán en 1796, en el invierno de 1800 perdió el control de sus dominios y fue capturado y cegado por sus dos principales enemigos, el clan barakzai y su hermanastro Shah Mahmoud. Shah Shuja lo liberó cuando este ascendió al trono en 1803, y vivió en Kabul hasta que se vio obligado a huir a la India tras la derrota de Nimla en 1809. Regresó a Afganistán en 1841 para unirse, brevemente, a Shuja durante el levantamiento en Kabul. Al año siguiente, tras el asesinato de su hermano, abandonó Afganistán por última vez, y regresó al exilio en Ludhiana, donde murió en 1844. Fue enterrado en el santuario sufi de Sirhind.

**Shah Shuja (1786-1842):** Shuja adquirió relevancia después de que su hermano mayor, Shah Zaman, fuera capturado y cegado por sus enemigos en 1800. Tras evitar el arresto, vagó por las montañas hasta que tomó el poder en Kabul durante los conflictos religiosos de 1803. Su gobierno duró hasta que fue derrotado por los barakzais y por su hermanastro, Shah Mahmoud, en la batalla de Nimla en 1809. Durante varios años erró por el norte de la India como un fugitivo, despojado de su riqueza, y, en 1813, también de su posesión más preciada, el Koh-i-Nur. En 1816 aceptó la oferta de asilo en Ludhiana realizada por el Compañía Británica de las Indias Orientales. Tras tres intentos fallidos, consiguió recuperar el trono en 1839; no obstante, esta vez, como títere de la Compañía, que perseguía con dicha instauración cumplir con sus propios intereses estratégicos en Kabul. Cuando trató de ejercer su soberanía de manera independiente, los británicos lo marginaron y humillaron. En noviembre de 1841, con el estallido del levantamiento en Kabul, Shuja rechazó la oferta de asumir el liderazgo de la insurrección y, al contrario que los acantonamientos de los británicos, consiguió mantener su posición en el Bala Hisar. En febrero de 1842, después de que el ejército británico de Kabul lo hubiera abandonado para marchar hacia su propia destrucción, parecía que Shuja iba a conseguir mantenerse en el trono tras manipular a las diferentes facciones rebeldes; sin embargo, fue asesinado por su propio ahijado el 5 de abril. Con su muerte, terminó el gobierno de los sadozais y los barakzais tomaron el poder.

**Shah Mahmoud (r. 1800-1803, 1809-1818; † 1829):** Shah Mahmoud consiguió tomar el control de Kabul en 1800, tras cegar y capturar a su hermanastro Shah Zaman. Reinó hasta el año 1803, cuando fue derrocado por otro de sus hermanastros, Shah Shuja. Este decidió encarcelar a Mahmoud, pero no cegarlo, como era costumbre. Cuando huyó del Bala Hisar, en 1808, Mahmoud se alió con los rivales barakzais de sus hermanos y lideró una rebelión exitosa, por la cual derrotó a Shuja en la batalla de Nimla de 1809. Reinó sobre lo que quedaba del Imperio durrani hasta 1808, cuando, tras cegar, torturar y asesinar al poderoso visir barakzai Fattah Khan, fue expulsado de Kabul por los hermanos indignados de este. Shah Mahmoud residió en Herat hasta su muerte en 1829. Le sucedió su hijo, el príncipe **Kamran Shah Sadozai de Herat (r. 1829-1842)**, quien reinó hasta ser derrocado y estrangulado por su influyente visir **Yar Mohammad Alikozai (r. 1842-1851)** en 1842.

**Príncipe Timur, príncipe Fattah Jang, príncipe Shahpur y príncipe Safdarjang:** todos son hijos de Shah Shuja, los tres primeros con su esposa Wa'fa Begum. Ninguno de ellos heredó la ambición de su padre o el ingenio de su madre, y el príncipe Timur era conocido por su falta de carisma. El príncipe Fattah Jang es recordado, sobre todo, por las violaciones homosexuales que perpetró entre miembros de su propia guarnición en Kandahar. Este reinó en Kabul durante cinco meses tras la muerte de Shuja y abdicó en octubre de 1842, al enterarse de que los ingleses no se quedarían para mantenerlo en el poder. Entregó el trono a su hermano pequeño, el príncipe Shahpur, que permanecería en el poder durante menos de un mes, antes de ser depuesto por sus propios nobles bajo la petición de Wazir Akbar Khan. Tampoco el príncipe Safdarjang, de oscura belleza e hijo de una bailarina de Ludhiana, fue más hábil que los otros. Los cuatro príncipes murieron en el exilio en Ludhiana, sin haber podido conservar el trono tras la salida de los británicos.

### **Los Barazkais**

**Haji Jamal Khan († 1771):** fue *topchibashi*, o comandante de artillería, de Ahmad Shah Abdali. Rival de Ahmad Shah Abdali tras la muerte de Nadir Shah, aceptó el ascenso al trono de Abdali cuando este recibió la aprobación del ulema, y le dio su apoyo a cambio de un alto cargo en el ejército.

**Payindah Khan (r. 1774-1799):** hijo de Haji Jamal Khan, Payindah Khan fue el noble más influyente del *darbar* de Timur Khan, y su apoyo permitió el ascenso al trono de Shah Zaman. Sin embargo, los dos se

enemistaron tras las tentativas de Shah Zaman de limitar el poder de la nobleza hereditaria; en 1799, cuando Payindah Khan intentó llevar a cabo un golpe de Estado para derrocar a Shah Zaman, el sha lo mandó ejecutar. Lejos de disminuir el poder de los barakzais, la ejecución desembocó, en última instancia, en la caída de Shah Zaman y el ascenso de los veintidós hijos de Payindah Khan, en especial del primogénito, Wazir Fatteh Khan, y de su hermano pequeño y aliado, Dost Mohammad Khan. El asesinato de Payindah Khan marcó el inicio de una contienda familiar entre los barakzais y los sadozais que ensombrecerá la región durante medio siglo.

**Wazir Fatteh Khan (1778-1818):** Fatteh, el primogénito de Payindah Khan, consiguió huir a Irán tras la ejecución de su padre. En los años siguientes, se vengó de los sadozais, primero al conseguir que Shah Zaman fuera derrocado y cegado por su hermanastro Shah Mahmoud y, posteriormente, con la derrota a Shah Shuja en la batalla de Nimla de 1809. Disfrutó de un enorme poder como visir de Shah Mahmoud hasta su participación en la violación del harén de los sadozais en Herat, en 1817; como consecuencia, en 1818 le arrancaron la cabellera y fue cegado, torturado y ejecutado por Shah Mahmoud. Este brutal asesinato reavivó la contienda entre los barakzais y los sadozais, que dividirá la región hasta la expulsión de Afganistán del último de los sadozais en 1842.

**Dost Mohammad Khan (1792-1863):** Dost Mohammad Khan fue el decimoctavo hijo de Payindah Khan y de una mujer qizilbash de estatus inferior. En un inicio, su ascenso al poder fue de la mano de su hermano mayor Wazir Fatteh Khan y, tras la muerte de este, su crueldad, capacidad y astucia fueron determinantes. Entre 1818 y su ascenso al trono, en 1826, Dost Mohammad Khan consolidó de manera progresiva su poder y, en 1835, declaró la yihad contra los sijs y se proclamó emir de manera oficial. Alexander Burnes le admiraba profundamente, como muestran los comunicados oficiales en los que alaba su sentido de la justicia y su popularidad. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Burnes, Calcuta continuó considerándolo enemigo de los intereses británicos. Cuando en 1838 Dost Mohammad Khan recibió al enviado ruso Ivan Vitkevitch, lord Auckland decidió reemplazarlo por Shah Shuja, su principal enemigo sadozai. Tras la toma de Kabul por parte de los ingleses, estuvo dieciocho meses huyendo hasta que se entregó a *sir* William Macnaghten el 4 de noviembre de 1840; fue condenado al exilio en la India. Puesto en libertad tras el asesinato de Shah Shuja y la consiguiente retirada de los ingleses de Afganistán, en 1842, le permitieron volver a Kabul. En los

veintiún años de reinado que siguieron, logró extender sus dominios hasta lo que son las fronteras actuales del país. Murió en 1863, poco después de haber conquistado Herat.

**Nawab Jabar Khan (1782-1854):** anglófilo convencido, el séptimo de los hijos de Payindah Khan fue un fiel aliado de su hermano pequeño, Dost Mohammad Khan. A pesar de su interés manifiesto por las costumbres occidentales y del afecto personal que profesaba hacia muchos de los oficiales británicos, permaneció leal a Dost Mohammad Khan y fue decisivo en la resistencia contra los ingleses tras su invasión de 1839.

**Wá'fa Begum († 1838):** hija de Payindah Khan y hermanastra de Fatteh Khan y Dost Mohammad Khan, Wá'fa se casó con Shah Shuja a principios de su primer reinado, poco después de 1803, cuando Shuja intentaba templar la contienda entre barakzais y sadozais. Elogiada por los ingleses debido a su «frialdad e intrepidez», en 1813 consiguió que su marido fuera liberado de su encarcelamiento en Cachemira al ofrecer el Koh-i-Nur a Ranjit Singh; según algunas fuentes, también ayudó a Shuja a escapar en 1815, esta segunda vez, de Lahore. En su llegada a Ludhiana consiguió persuadir a los británicos para que le proporcionaran asilo, con lo que garantizaba así la base de poder desde la cual los sadozais reconquistarían el trono. Murió en 1838, y algunos atribuyen el fracaso de las políticas de Shuja a la ausencia de sus sabios consejos.

**Wazir Mohammad Akbar Khan (1816-1847):** Akbar, el cuarto y más capaz de los hijos de Dost Mohammad Khan, y nacido de su mujer popalzai, fue un personaje complejo y sofisticado. Era el jefe de la resistencia que despertaba mayor fascinación en Kabul; incluso el *Akbarnama* [Libro de Akbar] incluye una descripción detallada de los placeres de su lecho conyugal. Destacó por primera vez en la batalla de Jamrud de 1837, cuando ayudó a derrotar al general sij Hari Singh; algunas fuentes indican que fue él personalmente quien decapitó al líder sij. Después de que su padre se entregara a los ingleses en 1840 y él mismo fuera liberado de la prisión de Bujará en la que estaba prisionero, permaneció en el Hindu Kush con el objetivo de liderar la resistencia frente a los ingleses. Su llegada a Kabul el 25 de noviembre de 1841 transformó la naturaleza del levantamiento, y será él quien dirija las negociaciones sobre la retirada de los británicos. El 23 de diciembre, durante un encuentro a orillas del río Kabul, asesinó al enviado británico *sir* William Macnaghten. Posteriormente, dirigió el asedio a Jalalabad y estuvo al mando de las fuerzas afganas que, el 13 de septiembre de 1842, intentaron evitar la reconquista de Kabul emprendida

por Pollock. Tras la retirada de los ingleses, volvió a tomar la capital y se convirtió en la figura con mayor poder hasta la vuelta de su padre, Dost Mohammad Khan, en abril de 1843. Murió cuatro años más tarde, según algunos, envenenado por el propio Dost Mohammad, que lo consideraba una potencial amenaza a su poder.

**Nawab Mohammad Zaman Khan Barakzai:** Zaman Khan era el sobrino y consejero de Dost Mohammad Khan, para el que desempeñó el cargo de gobernador de Jalalabad entre 1809 y 1834. Huyó de Kabul con Dost Mohammad en 1839, pero Mohan Lal Kashmiri facilitó su vuelta del exilio e hizo que fuera recibido en la corte de Shah Shuja en 1840. Con el comienzo de las hostilidades, parecía estar del lado de los británicos, pero pronto fue persuadido para asumir el liderazgo de la sublevación. A pesar de ser conocido como el «nómada rico» y considerado una persona zafia, fue nombrado emir a principios de noviembre. Marginado por su primo Akbar Khan cuando este llegó, a finales de noviembre de 1841, y, en febrero de 1842, se alió con Shah Shuja, para el que desempeñó el cargo de visir. Dicha alianza se rompió debido a la rivalidad con Naib Aminullah Khan Logari, y fue, precisamente, el favoritismo de Shuja hacia el hijo de Logari, Nasrullah, frente al hijo de Zaman Khan, **Shuja ud-Daula Barakzai**, la razón por la cual este último asesinó al sha, su padrino.

### Otros líderes de la resistencia

**Naib Aminullah Khan Logari:** Aminullah Khan era un pathan yusufzai de orígenes más o menos humildes –su padre había sido asistente del gobernador de Cachemira en tiempos de Timur Shah– que había hecho carrera gracias a su inteligencia y a su lealtad a los sadozais. En 1839, era un hombre anciano pero aún influyente y controlaba cuantiosos recursos económicos y grandes extensiones de tierras estratégicamente importantes, además de poseer su propia milicia privada. A pesar de ser un convencido partidario prosadozai, se opuso firmemente a la presencia de los infieles ingleses en sus tierras; cuando fue insultado por un oficial subalterno británico, el capitán Trevor, y perdió sus tierras por negarse a pagar más impuestos a la Corona, se convirtió en el centro principal de la resistencia junto con Abdullah Khan Achakzai. Después de la matanza de los británicos en Khord Kabul, se reincorporó al servicio de Shah Shuja y solo se unió a los barakzais tras la muerte de este. En 1843, con el regreso de Dost Mohammad, fue encarcelado «por incitar a personas pacíficas a participar en actos deshonestos» y murió en las mazmorras del Bala Hisar.

**Abdullah Khan Achakzai († 1841):** Abdullah Khan era un joven guerrero y aristócrata de una de las familias más poderosas y distinguidas de la región. Su abuelo había sido rival del abuelo de Dost Mohammad en los primeros días del Imperio durrani, y los achakzais nunca habían mostrado mucho entusiasmo por los barakzais. Sin embargo, al igual que su amigo Naib Aminullah Khan Logari, Abdullah Khan se opuso firmemente a la presencia de las tropas británicas en Afganistán y, después de que su amante fuera seducida por Alexander Burnes y él mismo fuera objeto de burla cuando trató de recuperarla, se convirtió en uno de los dos principales líderes de la resistencia. Fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas rebeldes al estallar las hostilidades, en noviembre de 1841, y fue la cabeza pensante en lo militar y el principal responsable de la derrota británica hasta su muerte, en la batalla en lo alto del Bibi Mahru del 23 de noviembre. Con posterioridad, un asesino reivindicó haberlo disparado por la espalda para obtener la recompensa ofrecida por Mohan Lal Kashmiri a los que asesinaran a los líderes rebeldes.

**Mohammad Shah Khan Ghilzai:** Mohammad Shah era el poderoso jefe de los *babrak khel* ghilzais de Laghman y el suegro de Wazir Akbar Khan. En 1839, con el regreso de Shah Shuja, se unió a la corte y fue condecorado con el cargo honorífico de jefe de los verdugos del rey. Se sumó a la resistencia en octubre de 1841, tras la supresión de los subsidios a los ghilzais llevada a cabo por *sir* William Macnaghten: todos los reyes habían pagado el *rahdari* a los ghilzais por la salvaguarda de los caminos y la protección de los ejércitos y comerciantes que se dirigían hacia la India; sin embargo, Macnaghten informó a los jefes ghilzais de que pretendía derogar dicho acuerdo. Con el regreso de Akbar Khan en 1841, fue Mohammad Shah Ghilzai quien supervisó la masacre de los británicos durante su retirada. Al igual que los otros líderes de la revuelta, se vio marginado con el regreso de Dost Mohammad Khan en 1843, y murió exiliado entre los *kafirs* del Nuristán.

**Mir Masjidi († 1841) y Mir Haji:** estos hermanos eran dos poderosos y respetados jeques hereditarios naksbandíes del Kohistán. Mir Haji fue también el imán hereditario de la mezquita Pul-e-Jishti, la mezquita del viernes, el líder de los ulemas de Kabul y el *pirzada* principal del gran santuario sufí Ashiqan wa Arifan de Kabul. En 1839, tras la promesa de importantes compensaciones por parte de Wade, ambos hermanos dirigieron a sus tribus tayikas contra Dost Mohammad, por lo que tuvieron un papel crucial en la ascensión de Shah Shuja; sin embargo, un año más tarde, al no haber recibido nada del dinero prometido, se levantaron contra Shuja y sus partidarios británicos.

Tras haber manifestado su protesta, Mir Masjidi estaba a punto de rendirse cuando, inesperadamente, los británicos atacaron su fortaleza y masacraron a su familia; entonces, sus tierras fueron repartidas entre sus enemigos. Como consecuencia, ambos hermanos se convirtieron en enemigos implacables de los británicos y lideraron a los tayikos del Kohistán contra el régimen anglosadozai, primero desde el valle del Nijrab y luego en Charikar y Kabul. Mir Masjidi fue asesinado en las alturas de Bibi Mahru el 23 de noviembre, pero Mir Haji sobrevivió y continuó instigando al pueblo de Kabul contra Shah Shuja; será precisamente su llamada a la yihad contra los británicos en Jalalabad la que finalmente conseguiría que Shah Shuja saliera del Bala Hisar y lo acechara hasta su muerte el 5 de abril de 1842.

### LOS BRITÁNICOS

**Mountstuart Elphinstone (1779-1859):** Elphinstone era un erudito escocés de las Lowlands elegido en 1809 por lord Minto para dirigir la primera Embajada británica en Afganistán. Aunque nunca salió de la fortaleza de Shah Shuja en Peshawar, publicó un libro extraordinario, y de gran influencia, sobre Afganistán, *An account of the Kingdom of Caubul*, que se convirtió en la principal fuente, en lengua inglesa, de conocimiento sobre la región durante varias generaciones.

**General William Elphinstone (1782-1842):** primo mayor de Mountstuart que, antes de ser nombrado comandante en jefe de Kabul a la edad de cincuenta y ocho años, combatió por última vez en Waterloo, al mando del del 33.º Regimiento de Infantería. Tras años de recibir solo la mitad de su salario, en 1837, a la edad de cincuenta y cinco años, volvió al servicio activo para poder hacer frente a unas deudas cada vez mayores. Para sus amigos, incluido lord Auckland, Elphinstone era un hombre de gran carisma, pero sin ningún interés o simpatía por la India o por las tropas indias que tenía que dirigir; llamaba a sus cipayos «negros». Llegó a Afganistán con los achaques de un severo ataque gota, y su afección empeoró rápidamente. El general Nott lo calificó de «incompetente», opinión que pronto se demostró acertada, dada su incapacidad para reaccionar al inicio de la insurrección y tras la cual se sumió en una profunda depresión. Fue herido durante la retirada de Kabul y, después de tres meses, murió en Tezin el 23 de abril de 1842 a causa de las heridas, la depresión y la disentería.

**Sir William Hay Macnaghten (1793-1841):** Macnaghten era un erudito, lingüista y antiguo juez en un tribunal del Úlster, que fue ascendido para

dirigir la burocracia de la Compañía: «*nuestro* lord Palmerston», tal y como Emily Eden lo definió, era «un hombre seco y sensato, que lleva unas enormes gafas azules». Fue ampliamente respetado por su inteligencia, pero a muchos les disgustaba su pomposidad; otros ponían en duda la capacidad de este «hombre de escritorio» para desempeñar su nuevo trabajo como consejero jefe del gobernador general. Fue Macnaghten quien convenció a lord Auckland de que Dost Mohammad constituía un enemigo para los intereses británicos y, en colaboración con Claude Wade, presionó para conseguir el cambio de régimen en Kabul que ayudó a Shah Shuja a recuperar el trono. Tras diseñar el plan de la invasión, Macnaghten pidió que lo enviaran a Kabul para implementarlo; sin embargo, su administración no fue tan bien como esperaba y pronto se encontró enviando comunicados ilusorios en su optimismo a lord Auckland, donde le informaba acerca de la «perfecta calma» de la situación en Afganistán, a pesar de los informes alarmantes que sus oficiales le enviaban desde todos los rincones del país. No supo gestionar de manera efectiva la actuación de sus generales, durante la rebelión de noviembre de 1841, y fue asesinado por Akbar Khan durante las negociaciones a las puertas del acantonamiento británico, el 23 de diciembre de 1841.

**Comandante Claude Wade (1794-1861):** Wade era un estudiante de persa nacido en Bengala que, durante su periodo como agente británico en Ludhiana, pasó de estar a cargo de las relaciones con la corte sij de Ranjit Singh a controlar una red de inteligencia que se extendía por el Himalaya y Asia Central. De esta manera, Wade se convirtió en el primer jefe de espías del Gran Juego. Wade fue el primero que sugirió utilizar a Shah Shuja para lograr un cambio de régimen en Afganistán, e impulsó la política de restauración de los sadozais en el trono, en parte, debido a una cierta rivalidad con Alexander Burnes, que defendía una alianza con Dost Mohammad. Durante la invasión de 1839, tendría que haber dirigido una fuerza mixta de tropas de la Compañía y de musulmanes punyabíes de Ranjit Singh hasta el Jáiber, pero no logró reunir más que a un puñado de punyabíes. No obstante, atravesó el paso Jáiber el 23 de julio. A la muerte de Ranjit Singh, entró en conflicto con el Kalsa y los sijs pidieron a Auckland que lo sustituyera. Terminó su carrera ocupando un puesto de menor relevancia, el de residente británico en Indore, antes de retirarse a la isla de Wight en 1844.

**Sir Alexander Burnes (1805-1841):** Burnes era un joven escocés de las Highlands, enérgico y lleno de recursos, cuya habilidad para las lenguas le valió un rápido ascenso. Dirigió dos expediciones de exploración en Afganistán y Asia Central en 1830-1832 y 1836-1838, ambas supuestamente

comerciales, pero en realidad con intenciones políticas, con el objetivo de reunir detalladas informaciones estratégicas para la Compañía. En la segunda expedición, el descubrimiento de una delegación rival rusa que también buscaba el apoyo de Dost Mohammad llevó a Burnes a instar a Calcuta a firmar un tratado de amistad; su consejo, sin embargo, fue ignorado, y lord Auckland decidió sustituir a Dost Mohammad por el más maleable Shah Shuja. Burnes se opuso firmemente a esta línea de actuación, pero accedió a apoyarla cuando se le ofreció el título de *baronet* y ser el segundo del enviado británico *sir* William Macnaghten. En Kabul, sus múltiples habilidades fueron desaprovechadas, ya que Macnaghten tomó el control exclusivo de la administración. Burnes se dedicó entonces a perseguir a las mujeres de Afganistán, y se convirtió así en el odiado personaje que sigue siendo hoy en Afganistán. Según las fuentes afganas, fue precisamente este comportamiento el que desencadenó el último estallido funesto en Kabul y su truculenta muerte el 2 de noviembre.

**Charles Masson (1800-1853):** después de fingir su propia muerte y abandonar su regimiento durante el asedio de Bharatpur en 1826, Masson cruzó el Indo y exploró Afganistán a pie. Se convirtió en el primer occidental en dedicarse a la arqueología de Afganistán, localizó los restos de la gran ciudad bactriana de Bagram y excavó algunas estupas budistas. De alguna manera, Claude Wade descubrió la verdadera identidad de Masson como desertor; al poco tiempo, lo chantajeó y obligó a convertirse en informante, con lo que se aseguraba así la obtención de informes regulares y precisos sobre Afganistán. Masson ayudó a Burnes durante sus negociaciones con Dost Mohammad de 1837-1838; sin embargo, a diferencia que Burnes, no desempeñó ningún papel en la invasión y posterior ocupación, a pesar de conocer Afganistán mejor que cualquier otro inglés. Finalmente, regresó a Inglaterra, donde murió sumido en la pobreza, cerca de Potters Bar, de «una afección desconocida del cerebro» en 1853.

**General de brigada John Shelton del 44.º de Infantería († 1844):** Shelton era un hombre malhumorado y grosero que había perdido el brazo derecho en la Guerra de Independencia española. Era conocido por imponer una disciplina férrea y por ser «un tirano con su regimiento». Al poco de llegar a Kabul, ya era detestado en los acantonamientos británicos, donde se enemistó con rapidez con el gentil y caballeroso general Elphinstone. «Su conducta fue insubordinada desde el día en que llegó», escribió el general más adelante. «Nunca me ofreció información ni consejo, pero siempre se quejaba de todo lo que se hacía». Al inicio del levantamiento, en noviembre de 1841, este par

de comandantes desavenidos no consiguieron ponerse de acuerdo sobre la estrategia a seguir; finalmente, Shelton consiguió que se aceptara su propuesta y el ejército de Kabul salió del acantonamiento el 6 de enero de 1842 para ser aniquilado en los nevados pasos montañosos. Shelton fue tomado como rehén y, más tarde, juzgado por un tribunal militar del que salió absuelto. En 1844, cuando falleció en Dublín a causa de una caída de un caballo, sus hombres acudieron al funeral y lanzaron vítores al aire en tres ocasiones para celebrar su muerte.

**Colin Mackenzie (1806-1881):** originario de Perthshire, Mackenzie era conocido como el oficial joven más atractivo del ejército indio. En 1841, en calidad de asistente del agente político en Peshawar, fue a Kabul y se topó con el estallido del levantamiento. Fue uno de los pocos oficiales británicos que se distinguió por su inteligencia y por su valor en la lucha, aunque, al final, fue tomado como rehén por Akbar Khan. Sobrevivió a la guerra y continuó su carrera al mando de un regimiento sij en la frontera.

**George Lawrence (1804-1884):** George era el hermano mayor de Henry y John Lawrence, que serán famosos más adelante por ser héroes del Raj. Un joven brillante, natural del Úlster, pronto fue ascendido por *sir* William Macnaghten para convertirse en su secretario militar. Como tal, luchó, tanto en la invasión de 1839 como en la persecución de Dost Mohammad, y estuvo presente en la rendición de este último el 4 de noviembre de 1840. Estuvo a punto de perder su vida en tres ocasiones: al estallar el levantamiento en noviembre de 1841, durante el asesinato de Macnaghten el 23 de diciembre y durante la retirada de Kabul, cuando fue tomado como rehén. Sobrevivió a la guerra, aunque cayó prisionero de nuevo en 1846, durante la posterior Guerra Sij.

**Eldred Pottinger (1811-1843):** Pottinger era el sobrino de *sir* Henry Pottinger, el responsable de la red de inteligencia de Bhuj y anterior jefe de Burnes. Es probable que su presencia en Herat durante el asedio persa de 1837-1838 no fuera fortuita, ya que garantizó la existencia de un flujo de información imprescindible para los británicos en dicho momento. Las fuentes inglesas le atribuyen el mérito de haber incitado a los habitantes de Herat a defender su ciudad; sin embargo, las crónicas persas y afganas no confirman esta versión, es más, en ellas, Pottinger destaca por su ausencia. En el estallido del levantamiento de noviembre de 1841, Pottinger fue sitiado por segunda vez en Charikar, al norte de Kabul, y fue prácticamente el único de su guarnición que consiguió llegar con vida a los acantonamientos de Kabul. Tras la

capitulación ante los rebeldes —en contra de su consejo—, se convirtió en uno de los rehenes entregados a Akbar Khan y permaneció en cautiverio durante nueve meses, hasta que el general Pollock reconquistó Kabul en septiembre de 1842. Posteriormente, fue juzgado por un tribunal militar y, aunque fue exonerado, no recibió recompensa alguna por su trabajo en Afganistán, por lo que abandonó el servicio de la Compañía. Se fue a vivir con su tío, *sir* Henry Pottinger, a Hong Kong, donde murió en 1843.

**General William Nott (1782-1845):** Nott era hijo de un modesto terrateniente galés que había llegado a la India en 1800 y que, poco a poco, se convirtió en uno de los generales de mayor grado de la Compañía. Brillante estratega y siempre fiel a sus cipayos —«los varoniles y excelentes soldados» a los que estaba profundamente unido—, mostró menos talento a la hora de tratar con sus superiores. Lord Auckland lo consideraba una persona antipática y difícil, todo lo contrario a un caballero; por esta razón, Nott fue una y otra vez ignorado para ocupar el puesto de comandante en jefe de Kabul. Finalmente, tomó el mando de Kandahar, ciudad que logró mantener en paz mientras que el resto de Afganistán se veía inmerso en una violenta revuelta. En agosto de 1842, marchó a través de Afganistán, derrotó a todas las fuerzas enviadas contra él y llegó a Kabul el 17 de septiembre, dos días después de que Pollock hubiera tomado la ciudad. Regresó a la India a través de Jalalabad y fue nombrado residente en Lucknow como recompensa por sus servicios en Afganistán.

**Teniente Henry Rawlinson (1810-1895):** Rawlinson era un talentoso orientalista que ayudó a descifrar la escritura cuneiforme del persa antiguo. Como miembro de la misión militar británica en Persia, en octubre de 1837, alertó a los británicos de la presencia de la misión rusa de Ivan Vitkevitch, tras haberse encontrado accidentalmente con este y su escolta de cosacos en las disputadas fronteras entre Persia y Afganistán. Más adelante, fue enviado a Kandahar como agente político del general Nott; ambos crearon la administración más eficaz del país. En agosto de 1842, acompañó a Nott en su marcha por Afganistán, donde quedó profundamente horrorizado por los crímenes de guerra cometidos por las tropas británicas en Kabul e Istalif. Regresó por el paso Jáiher a la India, aunque pasó el resto de su carrera en Persia y el mundo árabe.

**Sir Robert Sale (1782-1845):** Sale era un veterano del ejército de la Compañía y conocido por sus hombres como «Bob el combativo», porque siempre se negaba a quedarse en la retaguardia y se lanzaba al en-

carnizado combate cuerpo a cuerpo. Participó en la captura de Gazni, y sus violentas expediciones punitivas en el Kohistán, en 1840, fueron determinantes para unir a los tayikos en su oposición al régimen anglosadozai. A finales de octubre de 1841, recibió la orden de regresar a la India y de castigar, a su paso, a los ghilzais por la oposición ejercida. A medida que sus tropas se aventuraban en los pasos Khord Kabul y Tezin, quedaron atrapadas en una serie de emboscadas bien ejecutadas y la expedición, que tenía como objetivo inicial castigar a los miembros de las tribus, terminó con una víctima muy distinta: en la estrecha red de pasos montañosos, los cazadores se había convertido en la presa. Con lo que quedó de sus tropas, Sale llegó a Jalalabad el 12 de noviembre. Su brigada permaneció allí, asediada, hasta que por fin consiguió derrotar a Akbar Khan el 7 de abril de 1842. Nueve días más tarde, fueron liberados por el Ejército de Castigo de Pollock y acompañados a Kabul. El 18 de septiembre, Sale se reunió con su formidable esposa, **lady Florentia Sale (1790-1853)**, que había sobrevivido a la retirada de Kabul y pasado nueve meses como rehén de Akbar Khan. «Bob el combativo» fue asesinado tres años después durante la Guerra Anglo-Sij de 1845. *Lady Sale* emigró, ya viuda, a Sudáfrica y murió en Ciudad del Cabo en 1853.

**Sir George Pollock (1786-1872):** Pollock era un general de la Compañía meticuloso, implacable y eficiente, que llevaba en la India más de treinta años en el momento en el que se le ordenó socorrer a la guarnición británica sitiada en Jalalabad. Se había labrado una buena reputación gracias a su minuciosa capacidad de planificación y a una logística cuidada hasta el último detalle; por ello, estaba decidido a no verse arrastrado hacia una actuación precipitada. Tras haberse abastecido a conciencia en Peshawar, atravesó el paso Jáiber con su Ejército de Castigo y liberó Jalalabad el 16 de abril. Después de otro alto para proveerse de municiones y animales para el transporte, avanzó contra Akbar Khan y lo derrotó en el paso Tezin, tras lo cual reconquistó Kabul el 16 de septiembre. Después de destruir Istalif y de quemar gran parte de la capital, se retiró de Afganistán y fue recibido por lord Ellenborough en Firozpur el 19 de diciembre de 1842.

**Lord Auckland (1784-1849):** George Eden, lord Auckland, era un noble británico *whig*, inteligente y vanidoso. Al llegar a Calcuta, este soltero de cincuenta y un años tenía un conocimiento muy pobre sobre la historia de la India o su civilización, e hizo poco por informarse sobre el tema. Sabía aún menos sobre Afganistán y, en 1838, se dejó persuadir por sus consejeros más radicales y se embarcó en una invasión, del todo innecesaria, de dicho país

para sustituir al emir Dost Mohammad por Shah Shuja. Sin embargo, fue reacio a dedicar los recursos necesarios para la impopular ocupación y demostró no estar preparado para las derrotas británicas que siguieron. Con la destrucción completa del ejército de Kabul, como bien señaló Emily Eden, el «pobre George» envejeció diez años en unas cuantas horas; parece que también sufrió algún tipo de apoplejía como consecuencia. Sustituido por lord Ellenborough, Auckland vivió en un estado de práctica deshonra en Kensington y murió a los sesenta y cinco años, en 1849.

**Lord Ellenborough (1790-1871):** Hijo del abogado defensor de Warren Hastings, era un hombre brillante, pero difícil de tratar y poco atractivo; su apariencia física era tan desagradable que se dice que el propio Jorge IV afirmaba que su sola visión le provocaba náuseas. Ellenborough hizo su carrera gracias a su rusofobia y fue, en muchos aspectos, el padre del Gran Juego, es decir, de la lucha entre los intereses imperiales, los servicios secretos y las aspiraciones coloniales de Gran Bretaña y Rusia, que duró hasta el colapso de sus respectivos imperios asiáticos. En octubre de 1841, fue nombrado gobernador general, sucedió a lord Auckland y llegó a la India a tiempo para atribuirse el mérito del éxito del Ejército de Castigo, que permitió que los británicos se retiraran de Afganistán a la vez que mantenían algo de su reputación militar. Era «un hombre caprichoso e incontrolable en los asuntos de negocios», escribió un observador, pero «apasionado y entusiasta en todas las cuestiones militares, que parecían ser lo único que era de su interés o que llamaba su atención».

## OTROS

**Conde Vasily Alekseevich Perovsky (1794-1857):** gobernador militar de la guarnición de frontera de la estepa rusa en Oremburgo y homólogo ruso de Claude Wade, Perovsky decidió contrarrestar las operaciones de la inteligencia británica en Asia Central con una actividad propia del contraespionaje. En Ivan Vitkevitch encontró al hombre que esperaba para «desempeñar el papel de Alexander Burnes». Tan pronto como quedó claro que los británicos estaban a punto de invadir Afganistán, Perovsky empezó a presionar para conseguir recuperar el prestigio ruso en la región a través de la conquista del kanato turcomano de Jiva. El ataque ruso contra Jiva terminó tan desastrosamente como lo haría la retirada británica de Kabul: Perovsky perdió a la mitad de sus camellos y casi a la mitad de sus hombres. La derrota retrasó las ambiciones rusas en la estepa durante una generación: Jiva no caería en manos de los rusos hasta 1872.

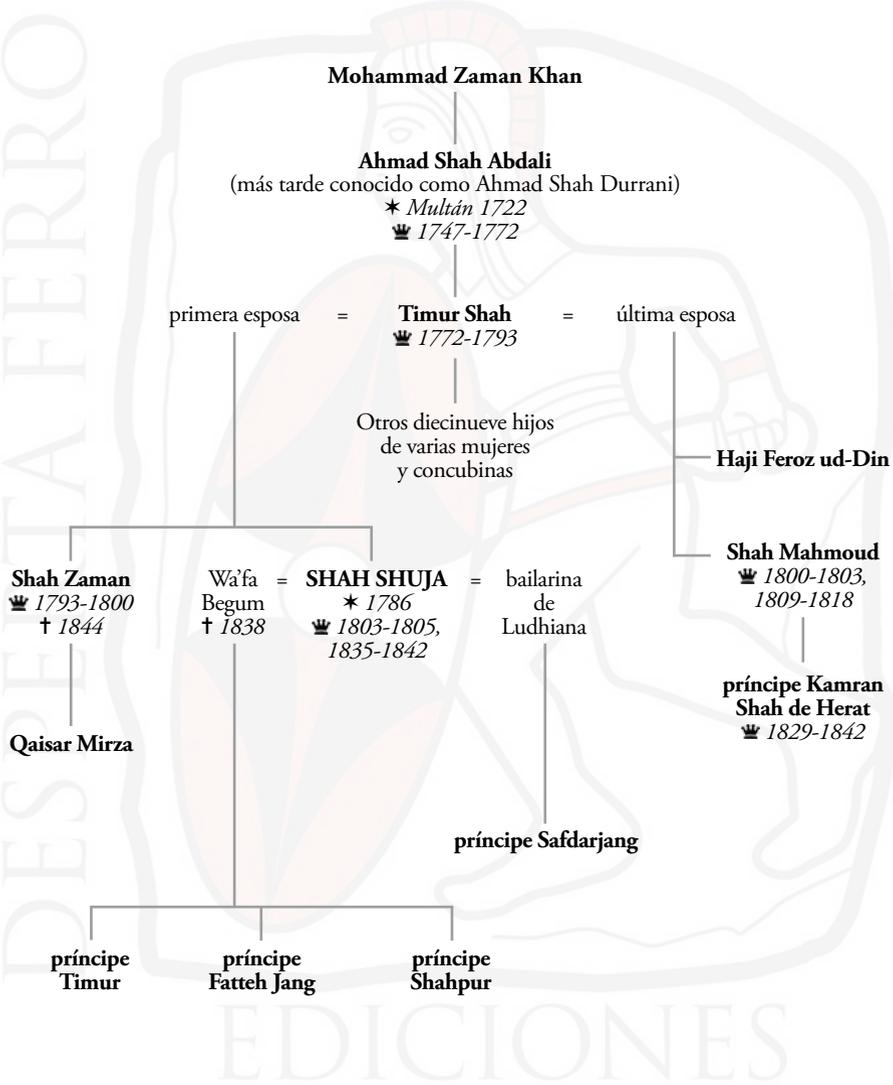
**Ivan Vitkevitch (1806-1839):** nacido en Vilna –hoy en día capital de Lituania– con el nombre de Jan Prosper Witkiewicz, era un noble polaco católico que había ayudado a fundar una sociedad secreta llamada «los hermanos negros», un movimiento clandestino de resistencia «nacional-revolucionaria» fundado por un grupo de estudiantes polacos que intentaba combatir la ocupación rusa de su país. Witkiewicz y los otros cinco cabecillas fueron arrestados e interrogados, despojados de sus títulos y rangos nobiliarios y enviados a diferentes fortalezas en la estepa kazaja. En esa época, Witkiewicz acababa de celebrar su decimocuarto cumpleaños. Witkiewicz se resignó a su destino y decidió sacar el mayor provecho posible de la situación. Aprendió kazajo y turco chagatai, cambió su nombre por Ivan Viktorovitch Vitkevitch, que parecía más ruso, y se convirtió en el primer actor ruso del Gran Juego. Realizó dos expediciones a Bujará antes de ser enviado a Kabul para hacer una alianza con Dost Mohammad. En esta cuestión fue más hábil que su oponente británico, Alexander Burnes, pero cuando sus superiores no reconocieron las alianzas que él había forjado y los británicos invadieron Afganistán, volvió a San Petersburgo, donde lo encontraron muerto, en una habitación de hotel, el 8 de mayo de 1839. En apariencia, se trataba de un suicidio.

**Mohammad Shah II Kayar (1808-1848):** fue el gobernante kayar de Persia que, al participar en una alianza prorrusa y tratar de recuperar la disputada ciudad fronteriza afgana de Herat, contribuyó a que los británicos se pusieran en estado de alerta y a que, por consiguiente, procedieran con la invasión de Afganistán en 1839.

**Maharajá Ranjit Singh (1780-1839):** brillante y astuto gobernante, creó un reino sij poderoso en el Punyab, bien organizado y gobernado. En 1797, durante la caótica retirada afgana, ayudó a Shah Zaman a rescatar algunos cañones atrapados en el fango del río Jhelum; aunque entonces tenía tan solo diecinueve años, se le entregó gran parte del Punyab como muestra de agradecimiento. En los años siguientes, Ranjit Singh arrebató, de manera progresiva, las lucrativas provincias orientales del Imperio durrani a su antiguo señor, hasta ocupar su lugar y convertirse en el poder dominante en el Punyab. En 1813 se hizo con el Koh-i-Nur de Shah Shuja, al que puso bajo arresto domiciliario, aunque este logró escapar al año siguiente. Durante las negociaciones con *sir* William Macnaghten en 1838, superó en astucia a los británicos y logró transformar lo que iba a ser una expedición sij en Afganistán, en beneficio de los británicos, en una invasión británica muy favorable para los sijos. Murió en 1839, mientras el ejército británico invadía las tierras de su gran enemigo, Dost Mohammad.

**Mohan Lal Kashmiri (1812-1877):** Mohan Lal era el inestimable *munshi* (secretario) de Burnes, además de su consejero más cercano. Su padre había sido un *munshi* en la misión de Elphinstone, veinte años atrás y, a su vuelta, decidió que Mohan Lal fuera uno de los primeros muchachos del norte de la India en ser educado, según el plan de estudios inglés, en la nueva Universidad de Delhi. Inteligente, ambicioso y capaz de hablar con fluidez inglés, urdu, cachemir y farsi, Mohan Lal acompañó a Burnes en su viaje a Bujará; después de esto, trabajó durante algún tiempo como espía para Wade en Kandahar. Burnes confiaba ciegamente en Mohan Lal y lo tuvo a su lado, durante la invasión de 1839, como jefe de su servicio de inteligencia; sin embargo, ignoró las advertencias de Mohan Lal acerca de la amenaza de un levantamiento inminente, error que le costaría la vida. Durante el levantamiento, Mohan Lal pidió importantes préstamos a su nombre para ayudar a Macnaghten durante el asedio y, en 1842, prestó más dinero para asegurar la liberación de los rehenes. Nunca le pagaron las 79 496 rupias que calculaba que se le debían; como resultado, las deudas le persiguieron el resto de su vida. Viajó a Gran Bretaña en busca de justicia y, además de los varios intentos para persuadir a los directores de la Compañía, también tuvo tiempo de visitar Escocia; allí entregó los diarios de Burnes a su familia en Montrose. Cuando estuvo en Gran Bretaña, publicó en inglés una memoria de sus viajes con Burnes por Asia Central y una enorme biografía de Dost Mohammad, de novecientas páginas, en dos volúmenes. Incluso la reina Victoria le concedió audiencia. Pero la Guerra Anglo-Afgana lo obsesionó toda su vida y puso fin a su carrera.

# Los Sadozais



**Mohammad Zaman Khan**

**Ahmad Shah Abdali**  
(más tarde conocido como Ahmad Shah Durrani)

\* *Multán* 1722

👑 1747-1772

primera esposa

= **Timur Shah**

👑 1772-1793

= última esposa

Otros diecinueve hijos  
de varias mujeres  
y concubinas

**Haji Feroz ud-Din**

**Shah Zaman**  
👑 1793-1800  
† 1844

**Qaisar Mirza**

Wāfa =  
Begum  
† 1838

= **SHAH SHUJA**  
\* 1786  
👑 1803-1805,  
1835-1842

= bailarina  
de  
Ludhiana

**príncipe Safdarjang**

**Shah Mahmoud**  
👑 1800-1803,  
1809-1818

**príncipe Kamran  
Shah de Herat**  
👑 1829-1842

**príncipe  
Timur**

**príncipe  
Fattah Jang**

**príncipe  
Shahpur**

EDICIONES

# Los Barakzais

**Haji Jamal Khan**

†1771

*Topchibashi* de Ahmad Shah Abdali

**Payindah Khan**

Visir de Timur Shah  1774-1799

(tuvo veintinueve hijos y numerosas hijas, incluida Wa'fa Begum, de diferentes mujeres)

(de una esposa barakzai)

**Wazir Fattah Khan**

1778–1818

(de una esposa idukhel hotak)

Los cinco kanes de Kandahar

terminados en «dil»:

**Purdil Khan  
Sherdil Khan  
Kuhandil Khan  
Rahmdil Khan  
Mirdil Khan**

(de una esposa secundaria qizilbash)

**DOST MOHAMMAD KHAN**

1792–1863

(de una esposa kohistani)

**Nawab Jabar Khan**

1782–1854

(de una esposa alikozai)

Los cuatro kanes

«Mohammad» de Peshawar:

**'Ata Mohammad Khan  
Yar Mohammad Khan  
Sultan Mohammad Khan  
Sa'id Mohammad Khan**

Treinta y un hijos y,  
al menos, doce hijas,  
incluyendo a:

**Mohammad Afzal**  
1811–1867

**Mohammad Akbar**  
1816–1847

*conocido como*  
**Wazir Akbar Khan**  
*a partir de 1842*

**Mohammad Azam**  
1818–1869

**Ghulam Haidar**  
1819–1879

**Sher Ali**  
1823–1879



# CAPÍTULO 1

## Un lugar difícil de gobernar

El año 1809 comenzó de manera prometedora para Shah Shuja al-Mulk. Era marzo, el principio de la breve primavera afgana y la vida empezaba a fluir lentamente por las venas de un helado paisaje que llevaba tiempo dormido bajo acumulaciones de nieve que cubrían hasta la cintura. Los pequeños y aromáticos lirios de Istalif se abrían camino a través del suelo congelado, la escarcha helada de los troncos de los cedros del Himalaya comenzaba a fundirse y los nómadas ghilzais sacaban a sus ovejas de cola ancha de los rediles invernales, desmontaban sus tiendas de piel de cabra y preparaban los rebaños para la primera de las migraciones de primavera en busca de las hierbas nuevas en los pastos altos. Fue justo en ese momento, con el deshielo, cuando Shah Shuja recibió dos buenas noticias: hecho bastante inusual en su tormentoso reinado.<sup>1</sup>

La primera estaba relacionada con la recuperación de un bien familiar que se había perdido. El diamante más grande del mundo, el Koh-i-Nur o «montaña de luz», llevaba desaparecido más de una década, pero eran tiempos tan turbulentos que nadie había intentado buscarlo. Se decía que Shah Zaman, el hermano mayor de Shuja y su predecesor en el trono de Afganistán, había escondido la gema poco antes de ser capturado y cegado por sus enemigos. Un enorme rubí indio conocido como el Fakhraj, la otra joya más preciada de la familia, también desapareció al mismo tiempo.

Shah Shuja mandó llamar a su hermano ciego para interrogarlo sobre el paradero de las joyas más famosas de su padre: ¿era cierto que él sabía dónde estaban? Shah Zaman reveló que había escondido el Fakhraj bajo una roca en un arroyo cerca del paso Jáiber nueve años atrás, justo antes de caer prisionero. Más tarde introdujo el Koh-i-Nur en una grieta en la pared de la celda de la fortaleza donde fue encerrado por primera vez. Un historiador de la corte declaró con posterioridad: «Shah Shuja envió inmediatamente a algunos de sus hombres de mayor confianza para recuperar estas dos joyas, ordenándoles remover cielo y tierra hasta dar con ellas. Encontraron el Koh-i-Nur en casa de un jeque shinwari que, en su ignorancia, lo utilizaba como pisapapeles para sus documentos oficiales. En cuanto al Fakhraj, lo tenía un *talib*, un estudiante, que lo descubrió al ir a lavar la ropa en un arroyo. Incautaron las dos gemas y las llevaron de vuelta a la casa del rey».<sup>2</sup>

La segunda buena noticia, la llegada de una embajada de un vecino previamente hostil, era posiblemente de mayor utilidad práctica para el sha. Con solo veinticuatro años, Shuja se encontraba en el séptimo año de su reinado. El destino había querido que este adolescente, lector y pensador más interesado en la poesía y la erudición que en la guerra o las campañas militares, heredase el vasto Imperio durrani. Este, fundado por su abuelo Ahmad Shah Abdali, había sido levantado sobre las ruinas de otros tres imperios asiáticos: los uzbekos en el norte, los mogoles en el sur y los safávidas de Persia al oeste. Originalmente, se extendía de Nishapur —en el moderno Irán— hasta las puertas de la Delhi mogola, incluyendo Afganistán, Baluchistán, el Punjab, Sind y Cachemira. Pero ahora, solamente treinta años después de la muerte de su abuelo, el Imperio durrani estaba a punto de desintegrarse.

Sin embargo, este hecho no era de extrañar. A pesar de su larga historia, Afganistán —o Jorasán, como los afganos habían denominado a esta región durante los dos últimos milenios— había gozado solo en contadas ocasiones de unidad política o administrativa.<sup>3</sup> Mucho más a menudo había sido una zona entre múltiples fronteras: un vasto territorio fracturado y disputado, formado por tramos montañosos, llanuras inundables y desiertos que lo separaban de sus vecinos, mejor organizados. En otras ocasiones, sus provincias formaban parte de la periferia de imperios rivales beligerantes. Rara vez las piezas del puzzle encajaban formando un Estado coherente y autónomo.

Si nos atenemos a la geografía y la topografía de la región, todo había jugado siempre en contra del ascenso de dicho Estado, sobre todo, el gran esqueleto rocoso del Hindu Kush: una cadena de cimas nevadas, esculpidas en el hielo, con pendientes negras y hendidas que dividían el país en dos, como las costillas de una enorme caja torácica de piedra.

Además, la presencia de diversas tribus, etnias y lenguas fragmentaban la sociedad afgana: la rivalidad entre los tayikos, uzbekos, hazaras y los pastunes durrani y ghilzai; el cisma entre suníes y chiíes; las luchas intestinas endémicas entre los clanes y las tribus y, en especial, las cruentas contiendas entre linajes emparentados. Estas luchas, que se transmitían dramáticamente de generación en generación, son el símbolo del fracaso de los sistemas de justicia estatales. En muchos lugares, las venganzas familiares casi se convirtieron en un deporte popular —el equivalente afgano del críquet en los condados ingleses— y las matanzas perpetradas eran a menudo de espectacular envergadura. Con el pretexto de una posible reconciliación, uno de los jefes tribales de Shah Shuja invitó «a comer» a unos sesenta primos suyos con los que estaba enemistado, según un testigo no sin antes: «Haber depositado previamente bolsas de pólvora bajo la habitación. Durante la comida, y tras haberse ausentado con algún pretexto, los hizo volar por los aires». Un país como este solo podía ser gobernado con gran habilidad, estrategia y con unas arcas rebosantes de riquezas.

Por eso cuando, a principios de 1809, llegaron mensajeros del Punjab con noticias sobre la salida de una embajada de la Compañía de las Indias Orientales, desde Delhi, hacia el norte, que buscaba con urgencia una alianza con él, Shah Shuja tuvo razones de sobra para sentirse satisfecho. En el pasado, la Compañía había supuesto un problema importante para los durrani, ya que sus disciplinados ejércitos cipayos habían hecho imposible los lucrativos saqueos de las llanuras del Indostán que, durante siglos, habían sido la principal fuente de ingresos de los afganos. Ahora parecía que la Compañía buscaba su apoyo; los informantes del sha le habían comunicado que la embajada ya había cruzado el Indo y se encontraba de camino a Peshawar, su capital de invierno. Esto no solo suponía una tregua en la tediosa rutina de asedios, detenciones y expediciones punitivas, sino que potencialmente proporcionaba a Shuja un poderoso aliado, algo que necesitaba con vital urgencia. Ninguna delegación británica había visitado antes Afganistán y ambos pueblos eran prácticamente desconocidos el uno para el otro, por lo que la embajada tenía la ventaja adicional de la novedad. «Designamos a algunos servidores de la corte real, reputados por su refinamiento y buenos modales, para ir a su encuentro», escribió Shah Shuja en sus memorias, «y se les ordenó hacerse cargo de todos los aspectos relacionados con la recepción de los huéspedes y que fueran tratados de manera apropiada, con prudencia y cortesía».<sup>4</sup>

Los informes que le llegaban a Shah Shuja indicaban que los británicos iban cargados de regalos: «elefantes con *howdahs* de oro, un palanquín protegido con una gran sombrilla, fusiles con incrustaciones de oro e ingeniosos revólveres con seis cámaras nunca antes vistos; relojes caros, binocu-

lares, lujosos espejos capaces de reflejar el mundo tal y como era; lámparas adornadas con diamantes, jarrones de porcelana y utensilios con oro incrustado procedentes de Roma y China; un candelabro en forma de árbol y otros regalos de tanto valor y belleza que la imaginación se queda corta para describirlos». <sup>5</sup> Años después, Shuja recordaba un regalo que le deleitó especialmente: «Una gran caja que producía ruidos similares a voces, sonidos extraños en una gran variedad de timbres, armonías y melodías, de lo más agradables para el oído». <sup>6</sup> La embajada había llevado el primer órgano a Afganistán.

La autobiografía de Shah Shuja no se pronuncia sobre si este sospechaba o no de estos británicos cargados de regalos; pero en el momento en que la escribió, ya cumplidos los cincuenta años, era plenamente consciente de que la alianza que estaba a punto de negociar cambiaría para siempre el curso de su propia vida así como el de la historia de Afganistán.



La verdadera razón detrás del envío de esta primera embajada británica a Afganistán estaba lejos de la India y de los pasos del Hindu Kush. Sus orígenes nada tenían que ver con Shah Shuja, el Imperio durrani o siquiera la complicada política de los príncipes del Indostán. En cambio, para seguir el rastro de sus verdaderas causas, hay que dirigirse a la Prusia nororiental y a una embarcación en medio del río Niemen.

En ese lugar, dieciocho meses antes, Napoleón, en el cénit de su poder, se había citado con el zar, Alejandro I, para negociar un tratado de paz. Dicha reunión tuvo lugar tras la derrota de Rusia en la batalla de Friedland, el 14 de junio de 1807, en la que la artillería de Napoleón dejó veinticinco mil cadáveres en el campo de batalla. A pesar del duro golpe, fueron capaces de retirarse a su frontera sanos y salvos. Ahora los dos ejércitos frente a frente a ambos lados de los meandros serpenteantes del Niemen, con las fuerzas rusas reforzadas por dos nuevas divisiones y otros doscientos mil milicianos a la espera en la cercana orilla del mar Báltico.

El *impasse* se rompió cuando se informó a los rusos de que Napoleón no solo deseaba la paz sino una alianza. El 7 de julio, en una embarcación coronada con un pabellón blanco de estilo clásico decorado con un gran monograma con una «N», los dos emperadores se reunieron en persona para negociar un tratado más tarde conocido como la Paz de Tilsit. <sup>7</sup>

La mayor parte de las cláusulas del tratado se referían a temas sobre la guerra y la paz, no es casualidad que el primer volumen de la gran novela de Tolstói

se titulara *Antes de Tilsit*. Gran parte de la discusión se centró en el porvenir de la Europa ocupada por los franceses, especialmente en el futuro de Prusia, cuyo rey, excluido de dicha reunión, recorría preocupado la orilla del río de arriba abajo a la espera de conocer si todavía tendría reino cuando el cónclave concluyera. Pero además de los artículos públicos del tratado, Napoleón incluyó varias cláusulas secretas que no se revelaron en el momento. Estas sentaron las bases de un ataque conjunto franco-ruso a lo que Napoleón consideraba la fuente de riqueza de Gran Bretaña. Se trataba, por supuesto, de la posesión más preciada de su enemigo: la India.

La toma de la India como medio para empobrecer a Gran Bretaña y romper su creciente poder económico había sido una obsesión para Napoleón, así como para otros muchos estrategas franceses anteriores, desde hacía mucho tiempo. Casi exactamente nueve años antes, el 1 de julio de 1798, Napoleón había desembarcado con sus tropas en Alejandría para dirigirse por tierra hacia El Cairo. «Llegaremos a la India a través de Egipto», escribió. «Restableceremos la antigua ruta a través de Suez». Desde El Cairo le envió una carta a Tipu, el sultán del reino de Mysore, en respuesta a la petición de ayuda de este último frente a los ingleses: «Ya le han informado de mi llegada a las fronteras del mar Rojo con un ejército invencible, deseoso de liberarle del yugo de hierro de Inglaterra. ¡Que el Todopoderoso refuerce su poder y destruya a sus enemigos!». <sup>8</sup>

Sin embargo, en la batalla del Nilo del 1 de agosto, el almirante Nelson hundió casi toda la flota francesa, arruinando el plan inicial de Napoleón de usar Egipto como base segura desde la que atacar la India. Esto le obligó a cambiar de estrategia; pero nunca desistió en su intención de debilitar a Gran Bretaña queriendo conquistar lo que consideraba la fuente de su poder económico, del mismo modo que Latinoamérica —con el oro inca y azteca— lo había sido en su momento para España.

Napoleón comenzó así a planificar el ataque a la India a través de Persia y Afganistán. Ya se había firmado un tratado con el embajador persa: «En el caso de que S.M. el emperador de los franceses tuviera la intención de enviar un ejército por tierra para atacar las posesiones inglesas en la India», declaró, «S. M. el emperador de Persia, como su buen y fiel aliado, le cedería el paso».

En Tilsit, las cláusulas secretas explicaban en detalle todo el plan: Napoleón emularía a Alejandro Magno y marcharía con cincuenta mil soldados franceses de la *Grande Armée* a través de Persia para invadir la India; mientras, Rusia se dirigiría a través de Afganistán hacia el sur. El general Gardane fue enviado a Persia para intermediar con el sha y averiguar qué puertos podrían proporcionar anclaje, agua y suministros para veinte mil hombres, así como

para diseñar los mapas de las posibles rutas de la invasión.\* Mientras tanto, el general Caulaincourt, el embajador de Napoleón en San Petersburgo, tenía como misión sacar adelante el plan con los rusos. «Cuanto más descabellada parecía la idea», escribió el emperador, «y mayores las intenciones de llevarla a cabo (¿y qué no podrían hacer Francia y Rusia?), más aterrorizados estaban los ingleses; causará terror en la India inglesa y sembrará confusión en Londres; y, desde luego, cuarenta mil franceses a los que Persia había concedido el paso a través de Constantinopla, uniéndose a cuarenta mil rusos que llegaban a través del Cáucaso, serían suficientes para aterrorizar Asia y conquistarla».<sup>9</sup>

Pero los británicos no estaban desprevenidos. El servicio secreto había escondido bajo la embarcación a uno de sus informantes, un aristócrata ruso descontento cuyos tobillos colgaban sobre el río. Desafiando el frío, fue capaz de escuchar cada palabra y enviar inmediatamente a Londres una comunicación oficial con todos los detalles del plan. En solo otras seis semanas la inteligencia británica consiguió saber los términos exactos de las cláusulas secretas, que fueron remitidas a la India de inmediato. A estas se le sumaron instrucciones para el gobernador general, lord Minto, que debía advertir a todos los países entre la India y Persia del peligro en el que estaban sumidos y negociar alianzas con ellos para oponerse a cualquier expedición francesa o franco-rusa contra la India. Del mismo modo, se instó a las diferentes embajadas a recopilar información y datos estratégicos con el propósito de rellenar los espacios en blanco de los mapas británicos de estas regiones. Mientras tanto, en Inglaterra se preparaban refuerzos para zarpar a la India en caso de que se detectase algún signo de expedición presta a partir desde puertos franceses.<sup>10</sup>

Lord Minto no consideraba que el plan de Napoleón fuese rocambolesco. Una invasión francesa de la India a través de Persia no estaba «fuera del alcance de la energía y perseverancia que distinguían al actual gobernante de Francia», escribió mientras terminaba de planificar las medidas a tomar para contrarrestar la «activa diplomacia francesa en Persia, que buscaba con gran diligencia la manera de extender sus intrigas a los *darbars* del Indostán».<sup>11</sup>

Finalmente, Minto optó por enviar cuatro embajadas separadas, a cual más cargada de generosos regalos, para alertar y ganar el apoyo de las potencias que se interponían en el camino de los ejércitos de Napoleón. Una de

---

\* N. del A.: En el equipaje de Napoleón, capturado en la retirada de Moscú, se encontró un portafolio que contenía «los informes, mapas y rutas elaborados por el general Gardane a petición del emperador» para la invasión de la India, que aún formaba parte de sus planes tras someter a Rusia. *NAI, Foreign, Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.º 3-4.

ellas fue enviada a Teherán para intentar convencer al sha de Persia, Fattéh Ali Shah Kajar, de la perfidia de su nuevo aliado francés. Otra fue despachada a Lahore para hacer una alianza con Ranjit Singh y los sijs. Una tercera se envió a los emires de Sind. La búsqueda del apoyo de Shah Shuja y sus afganos recayó en las manos de una joven y prometidora estrella de la Compañía, Mountstuart Elphinstone.

Elphinstone era un escocés de las Lowlands que en su juventud había sido un francófilo declarado. Había crecido junto a los prisioneros de guerra franceses del castillo de Edimburgo, del que su padre era gobernador; allí había aprendido sus cantos revolucionarios y se había dejado crecer hasta la espalda, al más puro estilo jacobino, el rizado pelo dorado para demostrar su simpatía hacia sus ideales.<sup>12</sup> Enviado a la India a la temprana edad de catorce años para que no se metiera en problemas, había aprendido farsi, sánscrito e hindustaní y pronto se convirtió en un diplomático ambicioso y en un insaciable historiador y erudito.

Cuando Elphinstone se dirigió a Pune, su primer destino diplomático, un elefante fue reservado exclusivamente para transportar su biblioteca, que incluía obras de poetas persas, de Homero, Horacio, Heródoto, Teócrito, Safo, Platón, *Beowulf*, Maquiavelo, Voltaire, Horace Walpole, Dryden, Bacon, Boswell y Thomas Jefferson.<sup>13</sup> Desde entonces, Elphinstone había luchado junto a Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, en sus guerras en la India central contra los marathas y ya hacía tiempo que había abandonado sus ideales de igualdad y fraternidad. Escribió: «La corte de Kabul era conocida por su arrogancia y por tener una mala opinión de las naciones europeas, por lo que se decidió que la misión debía caracterizarse por el esplendor y la ostentación».

La primera embajada en Afganistán de una potencia occidental partió de la residencia de la Compañía en Delhi el 13 de octubre de 1808, con el embajador acompañado por doscientos soldados de caballería, cuatro mil de infantería, una docena de elefantes y no menos de seiscientos camellos. La expedición era impresionante, pero estaba claro que este intento por parte de los británicos de acercarse a los afganos no pretendía conseguir la amistad de Shah Shuja sino, llanamente, aventajar a sus rivales imperiales: los afganos fueron tomados por meros peones en el tablero de ajedrez de la diplomacia occidental, dispuestos a ser sacrificados a voluntad. Esta política sembró un precedente que será emulado por diferentes potencias, en numerosas ocasiones, durante los años y décadas siguientes; y en cada una de dichas ocasiones los afganos demostrarían ser capaces de defender su inhóspito territorio con mayor eficiencia de la que cualquiera de sus futuribles manipuladores pudiera haber sospechado.



La fundación del Estado moderno de Afganistán, en 1747, suele atribuirse al abuelo de Shah Shuja, Ahmad Shah Abdali. Su familia procedía de Multán, en el Punjab, y estuvo mucho tiempo al servicio a los mogoles. Por lo tanto, no era de extrañar que parte de su poder derivase de las joyas del enorme tesoro mogol que el saqueador persa Nadir Shah había desvalijado del Fuerte Rojo de Delhi sesenta años antes. Tan solo una hora después del asesinato de Nadir Shah, Ahmad Shah consiguió hacerse con estas gemas.\*

Al poner dicha riqueza al servicio de su caballería, Ahmad Shah no perdió prácticamente ninguna batalla, pero fue derrotado en última instancia por un enemigo más intratable que cualquier ejército. Este vio cómo su rostro quedaba devorado por lo que las fuentes afganas llamaban «úlcera gangrenosa», posiblemente lepra o algún tipo de cáncer. En el cénit de su poder, cuando tras ocho incursiones sucesivas en las llanuras del norte de la India había conseguido aniquilar a la poblada caballería de los marathas en la batalla de Panipat en 1761, la enfermedad de Ahmad Shah había consumido ya su nariz y, en su lugar, portaba una prótesis salpicada de diamantes. Mientras su ejército crecía hasta alcanzar una horda de ciento veinte mil hombres y su imperio se expandía, también lo hacía el tumor, causando estragos en su cerebro, extendiéndose al pecho y a la garganta e incapacitando sus extremidades.<sup>14</sup> Buscó la cura en santuarios sufíes, pero ninguno le proporcionó el remedio que tanto ansiaba. En 1772, una vez perdida la esperanza de recuperación, se encamó y, como dijo un escritor afgano, «las hojas y el fruto de su palmera cayeron al suelo y él volvió al lugar de donde venía».<sup>15</sup> La verdadera tragedia del nuevo Imperio durrani fue que su fundador murió antes de poder establecer los límites de su país, de establecer una administración eficaz y de afianzar sus nuevas conquistas.

Timur Shah, hijo de Ahmad Shah, consiguió conservar las tierras del imperio que su padre le había legado. Trasladó la capital de Kandahar a Kabul, para protegerla de las turbulentas tierras de los pastunes, y se apoyó en los qizilbash –colonos chiíes que llegaron por primera vez a Afganistán desde Persia con los ejércitos de Nadir Shah– para formar su guardia real. Como los qizilbash, la dinastía Sadozai a la que él pertenecía

\* N. del A.: Lo que queda del botín mogol de Nadir Shah se conserva en las cámaras del Bank Mellí en Teherán e incluye a la «hermana» del Koh-i- Nur, Dariya Nur u «Océano de Luz».

era lingüística y culturalmente persa y Timur Shah eligió como referentes culturales a sus predecesores timúridas, «los Médici de oriente», como los apodó Robert Byron. Se enorgullecía de ser un hombre con gusto y dio nueva vida a los antiguos jardines de la fortaleza de Bala Hisar en Kabul, construidos en primera instancia por Ali Mardan Khan, gobernador de Kabul bajo el mandato de Shah Jahan. Para esta empresa se inspiró en las historias que le contaba su esposa principal, una princesa mogola que había crecido entre las sombras de los árboles frutales y los patios repletos de fuentes del Fuerte Rojo de Delhi.

Al igual que su familia política mogola, Timur Shah tenía un talento especial para los despliegues de ostentación. «Modeló su reino inspirándose en los grandes hombres de estado», refleja posteriormente el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], una crónica de su corte. «Llevaba un broche con diamantes engarzados en su turbante y una banda enjorada sobre su hombro. Su sobretodo estaba decorado con piedras preciosas y portaba el Koh-i-Nur en el antebrazo derecho y el rubí Fakhraj, en el izquierdo. Su alteza Timur Shah también hacía lucir otro broche incrustado sobre la frente de su caballo y, como era un hombre de baja estatura, mandó fabricar un taburete enjorado para montar en él». <sup>16</sup> Aunque Timur Shah perdió los territorios persas del imperio de su padre, luchó ferozmente por conservar el núcleo afgano: entre 1778 y 1779 logró recuperar la ciudad rebelde panyabí de Multán, lugar de nacimiento de su padre, y regresó con las cabezas de miles de sijes rebeldes cargadas en camellos. Dichas cabezas fueron posteriormente expuestas como trofeos. <sup>17</sup>

Timur tuvo veinticuatro hijos varones y la lucha sucesoria tras su muerte –los pretendientes en liza secuestraban, asesinaban y se mutilaban los unos a los otros alegremente– supuso el comienzo de la pérdida de autoridad de la monarquía durrani; bajo el mandato de Shah Zaman, que finalmente sucedió a Timur Shah, el Imperio se desintegró. En 1797, Shah Zaman, como su padre y su abuelo antes que él, decidió reavivar su gloria y llenar sus arcas ordenando una invasión a gran escala del Indostán, solución a la que siempre recurrían los afganos para reflotar sus finanzas. Alentado por una invitación de Tipu, el sultán de Mysore, descendió el zigzagante paso Jáiber y se estableció entre los viejos muros erosionados por el monzón de la fortaleza mogola de Lahore, desde donde planificó el saqueo de las ricas llanuras del norte de la India. Sin embargo, en 1797, la India había ido poco a poco sucumbiendo ante el dominio de una temible intrusión extranjera en la región: la Compañía de las Indias Orientales. Bajo el mando de su gobernador general más agresivo, lord Wellesley –hermano mayor del futuro duque de Wellington–, la Compañía se estaba expandiendo rá-

pidamente hacia el interior del país partiendo desde sus bases costeras; las campañas de Wellesley en la India conseguirían anexionar más territorio que el conjunto de todas las conquistas de Napoleón en Europa. La India ya no era la fuente de pillaje fácil que una vez había sido para los afganos y Wellesley era un adversario especialmente astuto.

Este decidió boicotear a Shah Zaman, no mediante la fuerza, sino a través de estrategias diplomáticas. En 1798 envió una misión diplomática a Persia, en la que ofrecía armas y entrenamiento, y animó a los persas a atacar la retaguardia desprotegida de Shah Zaman. Este se vio obligado a retirarse en 1799, abandonó Lahore y confió el gobierno de dicha ciudad a un competente y ambicioso joven sij. Rajah Ranjit Singh había ayudado a Shah Zaman a recuperar algunos cañones que quedaron atrapados en el fango del río Jhelum durante la caótica retirada afgana; este hecho cautivó al sha, que quedó impresionado por su eficiencia, y lo puso al frente del gobierno de gran parte del Punyab, pese a contar solo con diecinueve años de edad.<sup>18</sup> Mientras Shah Zaman hacía y deshacía para intentar mantener su resquebrajado imperio, en los años siguientes, Ranjit Singh fue tomando poco a poco las lucrativas provincias orientales del Imperio durrani de su antiguo señor e imponiéndose como el poder dominante en el Punyab.

Mirza 'Ata Mohammad, uno de los escritores más perspicaces de la época de Shah Shuja, escribió: «Los afganos de Jorasán gozan de merecida reputación de que siempre que la lámpara del poder arde con brío, ellos pululan a su alrededor como polillas; y cuando se extiende el mantel de la abundancia, acuden como moscas».<sup>19</sup> Lo contrario era igualmente cierto. Cuando Zaman se retiró, frustrado por el fallido saqueo de la India y rodeado por sijs, británicos y persas, su autoridad se desvaneció y los nobles, su extensa familia e incluso sus hermanastros terminaron por levantarse en su contra.

El fin del gobierno de Shah Zaman se produjo durante el gélido invierno de 1800, cuando los habitantes de Kabul se negaron a abrir las puertas de la ciudad a su desafortunado rey. Entonces, una fría noche de invierno, mientras los tenues copos de nieve se posaban en sus pestañas, se refugió de la ventisca que se avecinaba en una fortaleza entre Jalalabad y el Jáiber. Esa noche fue encarcelado por sus anfitriones shinwaris, que bloquearon las puertas, mataron a su escolta y más tarde le dejaron ciego con una aguja ardiendo: «La punta de la aguja», escribió Mirza 'Ata, «rápidamente vertió el vino de su mirada desde la copa de sus ojos».<sup>20</sup>

El orgulloso y letraherido príncipe Shuja solo tenía catorce años cuando su hermano mayor fue cegado y derrocado. Shuja fue «el sempiterno

y fiel compañero de Shah Zaman» y, tras el golpe de Estado que siguió, se enviaron tropas a las cuales se les encomendó su arresto. Sin embargo, consiguió eludir a los equipos de búsqueda y, con unos pocos compañeros, recorrió senderos ignotos en los que dejó atrás los álamos y robles de los valles hacia las nieves cristalinas de los pasos elevados, coronando las fallas y cimas de las montañas, durmiendo a la intemperie y esperando su gran momento. Era un adolescente inteligente, amable y educado, que aborrecía la espiral de violencia que lo rodeaba y, ante la adversidad, buscó consuelo en la poesía. «No pierdas la esperanza cuando te enfrentes a dificultades», escribió mientras se desplazaba de un pueblo de montaña a otro, protegido por los miembros de las tribus todavía leales. «Las nubes negras pronto dan paso a la nítida lluvia».<sup>21</sup>

Como Babur, el primer emperador mogol, Shah Shuja elaboró una bella autobiografía, muy bien escrita, en la que habla de sus días deambulando sin hogar por las nevadas pendientes del Safed Koh, recorriendo las silenciosas orillas de los altos lagos teñidos de jade y turquesa, mientras esperaba y planeaba el momento adecuado para recuperar lo que le correspondía por derecho de nacimiento. «En aquellos momentos», escribió, «el destino nos infligió gran sufrimiento. Pero rezamos para que Dios nos diera fortaleza, porque solo de Él depende el premio de la victoria y de la Corona. Por su gracia, nuestra intención era que, desde que subiéramos al trono, gobernáramos a nuestros súbditos con tanta justicia y clemencia que estos vivirían felices bajo la sombra de nuestras alas protectoras. Y es que el objetivo de la realeza es velar por el pueblo y liberar al débil de la opresión».<sup>22</sup>

Su momento llegó tres años más tarde, en 1803, con el estallido de un conflicto religioso: «Los habitantes de Kabul», escribió el sha, «recordaron la indulgencia y la generosidad del gobierno de mi hermano Zaman y lo compararon con la insolencia del usurpador y sus violentas tropas. Era demasiado, por lo que utilizaron el pretexto de las diferencias religiosas con el objetivo de conseguir algún cambio. La pelea entre suníes y chiíes estalló de nuevo y pronto empezaron los disturbios en las calles de Kabul».<sup>23</sup>

La lucha enfrentaría a los chiíes qizilbash y a sus vecinos afganos suníes. Según una fuente suní:

Un canalla qizilbash sedujo a un joven suní que vivía en Kabul para que fuera a su casa con él. Invitó a otros pederastas para que participasen en la repugnante práctica y juntos abusaron del indefenso muchacho. Tras varios días atiborrándolo de drogas y alcohol, lo abandonaron en la calle. El muchacho volvió a su

casa y le contó a su padre lo que le había sucedido. Su padre exigió justicia [...]. La familia del muchacho acudió a la mezquita Pul-e-Jishti el viernes con la cabeza descubierta, los pies desnudos y los bolsillos del revés. Pusieron al muchacho bajo el púlpito e instaron al predicador jefe a que reparase el daño que se había hecho. En ese momento, el predicador declaró la guerra contra los qizilbash.<sup>24</sup>

La mayoría de las reyertas afganas de gravedad solían tener como protagonistas a parientes cercanos de una misma familia y, en este caso, «el usurpador» era Shah Mahmoud, hermanastro y rival de Shah Shuja. Cuando este rechazó castigar a los omnipotentes qizilbash, que constituían tanto su guardia personal como la élite de su administración, los miembros de las tribus suníes bajaron de las colinas circundantes a Kabul y sitiaron las murallas tras las que se refugiaban. En medio de este caos, Shah Shuja llegó desde Peshawar como el adalid de la ortodoxia suní y liberó de prisión a uno de sus hermanos –Shah Zaman– para encerrar a otro en su lugar: Shah Mahmoud. Perdonó a todos los que se habían rebelado contra Shah Zaman con la única excepción del jefe del clan shinwari responsable de la ceguera de su hermano: «Los oficiales detuvieron al culpable y a sus partidarios y arrasaron su fortaleza por completo. Saquearon todo y llevaron al hombre ante el tribunal de Shuja. Entonces, para purgar sus pecados, le llenaron la boca de pólvora y lo hicieron saltar por los aires. Encarcelaron a sus hombres, que fueron brutalmente torturados, como ejemplo para cualquiera que afirmase ser tan valiente como para resistir el exquisito dolor infligido por el torturador».<sup>25</sup> Por último, según Mohammad Khan Durrani, ataron a la esposa y a los hijos del delincuente a la boca de los cañones de Shuja y dispararon.<sup>26</sup>

Sumidos en esta guerra civil fratricida, el Afganistán durrani rápidamente se sumió en la anarquía. Fue en este periodo cuando se aceleró su transformación: pasó de ser un sofisticado centro artístico y cultural –que algunos de los grandes emperadores mogoles habían considerarlo mucho más ilustrado y elegante que la India– al país destrozado y asolado por la guerra que ha resultado ser durante gran parte de su historia moderna. Ya el reino de Shah Shuja era solo una pálida sombra del que antaño había gobernado su padre. Las grandes universidades, como la de Gauhar Shad en Herat, habían perdido alumnos y reputación; los poetas y artistas, los calígrafos y miniaturistas, los arquitectos y ceramistas que hicieron famoso Jorasán durante la época de los timúridas migraron hacia el sudeste, hasta Lahore, Multán y las ciudades del Indostán y también hacia

el oeste, hacia Persia. Los afganos todavía se consideraban sofisticados y Mirza 'Ara, el escritor afgano más elocuente de la época, emula a Babur al hablar con orgullo de Afganistán como un lugar «mucho más refinado que la precaria Sind, donde no conocen el pan blanco ni las conversaciones cultas». En otra parte habla de su país como «una tierra en la que crecen cuarenta y cuatro tipos diferentes de uvas y muchas otras frutas –como manzanas, granadas, peras, ruibarbo, moras, sandías y melones dulces, albaricoques, melocotones, etc.– y agua helada que no se pueden encontrar en ninguna llanura de la India. Los indios no saben ni vestirse ni comer, ¡Dios me guarde del fuego de su *dal* (lentejas) y de su pésimo *chapatti* (tortas de pan)!».<sup>27</sup>

Sin embargo, la realidad era bien diferente; los gloriosos días de la cultura timúrida y el elegante refinamiento persa desaparecían a marchas forzadas. Prácticamente, ninguna miniatura afgana de este periodo ha sobrevivido, lo que contrasta con el Punjab, donde los artistas pahari produjeron algunas de las mayores obras maestras del arte indio. La que fuera en su día una gran ciudad, Herat, se encontraba ahora sumida en la suciedad y la miseria. Asolada por repetidos brotes de cólera, Herat vio cómo su población caía de cien mil a menos de cuarenta mil habitantes.<sup>28</sup> El Estado durrani, con su grave debilidad institucional, estaba al borde del colapso, mientras que la autoridad de Shuja rara vez se extendía más allá del equivalente a un día de marcha desde donde su pequeño ejército de seguidores se encontrase acampado. Este caos e inestabilidad generaron crecientes dificultades a las cáfilas –las grandes caravanas que iban y venían de las ciudades de Asia Central– que, en ausencia de una autoridad centralizada, eran gravadas y saqueadas a placer por cualquier líder tribal que lo deseara. A su vez, esto supuso una severa amenaza para la economía política de Afganistán, puesto que las arterias por las que discurría el caudal financiero del Estado quedaron obstruidas.

Afganistán era todavía capaz de abastecer a la región entera con tres lucrativos productos: frutas, pieles y caballos. En Cachemira los telares seguían tejiendo los más exclusivos chales de Asia y su azafrán era el más apreciado. Multán era famoso por sus *chintzes* (telas estampadas) de llamativos colores. En los mejores años también se recaudaban impuestos de los comerciantes de las cáfilas, que viajaban por las rutas comerciales afganas trayendo seda, camellos y especias desde Asia Central a la India y llevando, a la vuelta, algodón, añil, té, tabaco, hachís y opio. Pero con la intranquilidad política vivida durante los reinados de Zaman y Shuja, cada vez menos *kafilabashis* (jefes de las caravanas) estaban dispuestos a correr el riesgo de viajar a través de los peligrosos pasos afganos.<sup>29</sup> En con-

traste con la arrogancia de generaciones anteriores, cada vez más afganos comenzaron a ver su propio país como un lugar empobrecido y sin porvenir, «una tierra que producía poco más que hombres y piedras», como dijo más tarde uno de los sucesores de Shah Shuja.<sup>30</sup>

Con los escasos fondos provenientes de las recaudaciones impositivas o aduaneras, los únicos bienes con los que contaba Shuja eran la lealtad de su hermano ciego, Shah Zaman, y el consejo de su hábil esposa, Wa'fa Begum, considerada por algunos el verdadero poder en la sombra. La familia real también disponía del cofre de las joyas mogolas que, sin embargo, menguaba a pasos agigantados.

Por lo tanto, una alianza con la Compañía de las Indias Orientales era de suma importancia para Shah Shuja, que esperaba poder emplearla para obtener los recursos necesarios con los que unificar su fracturado imperio. A largo plazo, los británicos lograrían, de hecho, unir a los afganos bajo un único gobernante, pero sería de una forma completamente diferente a la planeada por Shuja.



A finales de octubre de 1808, Elphinstone y su caravana diplomática se dirigían a través de la región de Shekhawati hacia Bikaner, dejando los dominios de la Compañía y adentrándose en la tierra yerma, arrasada por el viento, del desierto del Thar, territorio desconocido para los británicos.

La procesión de caballos, camellos y elefantes, de dos millas de largo, pronto se topó con «dunas de arena que se elevaban una tras la otra como las olas del mar, surcadas por el viento como montañas de nieve [...] Fuera de los caminos, nuestros caballos se hundían en la arena hasta por encima de las rodillas».<sup>31</sup> Tras dos semanas de duro viaje «a través de un paisaje completamente desolador, descubrimos las murallas y las torres de Bikaner, una ciudad grande y espléndida en el corazón del desierto».<sup>32</sup>

Más allá de Bikaner se extendían las fronteras de lo que quedaba del Imperio durrani de Shuja y, en poco tiempo, la delegación de Elphinstone se encontró con los primeros afganos, «un grupo de ciento cincuenta soldados en camellos» que se abría paso a través del desierto hacia su encuentro. «Había dos hombres por camello y cada uno llevaba un rifle largo y reluciente».<sup>33</sup> Poco después de pasar el bastión durrani de Dera Ismail Khan, Elphinstone recibió una carta de bienvenida y una vestimenta de gala de parte de Shuja, quien envió también a un centenar de jinetes «vestidos al estilo persa, con ropas de vistosos colores, botas y gorros bajos de piel de oveja». A finales de fe-

brero de 1809, la embajada había pasado Kohat. En la distancia se alzaban las cimas nevadas del Spin Garh; en las colinas más bajas se erigían fortalezas en torno a las que Elphinstone vislumbraba «muchos merodeadores [...] pero nuestro equipaje estaba demasiado bien protegido como para que pudieran asaltarlo», lo cual forzaba a los tribales rapiñadores a sentarse «contemplando con melancolía el paso de nuestros camellos».

Aquí los valles eran tan prósperos y acogedores como salvajes las colinas. La embajada pasaba por rectas avenidas de álamos y moreras atravesadas por arroyos y puentes con arcos de enladrillado mogol bajo la sombra de los tamariscos. Ocasionalmente veían alguna partida de caza en la que los hombres llevaban halcones posados en los puños y perros pisándoles los talones, o pequeños grupos al acecho de codornices o perdices. Pronto los emisarios británicos se encontraron con jardines amurallados plagados de plantas familiares: «frambuesas salvajes y zarzamoras [...] ciruelos y melocotoneros, sauces llorones y plátanos florecientes. Incluso los pájaros les traían recuerdos de su hogar: «algunos caballeros creyeron haber visto y oído tordos y mirlos».<sup>34</sup>

Peshawar era entonces una ciudad «grande, muy poblada y de gran opulencia». Fue la capital de invierno de los durrani, además del centro principal de la cultura pastún.<sup>35</sup> En el último siglo había sido la residencia de los dos poetas pastunes más importantes, a los que Elphinstone había leído bien. Rehman Baba fue el gran poeta sufí de la lengua pastún, «el Rumi de la frontera». «Siembra flores para que a tu alrededor crezca un jardín», escribió. «No siembres espinas, pues te pincharán los pies. Todos somos parte de un mismo cuerpo; quien tortura a otro, se hiere a sí mismo». Pero fue Khushal Khan Khattak, más mundano, el que despertó la atención del alma ilustrada de Elphinstone. Khushal era un líder tribal que se había rebelado contra el emperador mogol Aurangzeb y que escapó de sus ejércitos mientras lo perseguían a través de los pasos del Hindu Kush. En su diario, Elphinstone lo comparó con William Wallace, el escocés que, en época medieval, luchó por la libertad de su pueblo: «A veces destruyendo con éxito los ejércitos reales y otras vagando en solitario por las montañas». Pero, a diferencia de Wallace, Khushal Khan era también un buen poeta:

De piel clara y rosada son las hijas de Adam Khel [...].  
Esbeltos son sus vientres, sus pechos llenos y firmes,

Como el halcón he volado sobre las montañas,  
y muchas lindas perdices han sido mi presa.

El amor es como el fuego, Oh Khushal,  
aunque se oculte la llama, el humo continúa visible.<sup>36</sup>

O, de manera más concisa:

Hay un muchacho al otro lado del río con las nalgas como un  
melocotón  
Pero, ¡qué desgracia! No sé nadar.<sup>37</sup>

La embajada se dirigió a Peshawar seis meses después de su salida de Delhi y se alojó en una gran casa con patio cerca del bazar principal. Del mismo modo que el gusto de Elphinstone por la poesía afgana era un reflejo de la educación escocesa ilustrada que había recibido, sus lecturas marcaron la impresión que tenía de la Monarquía durrani antes de su primera audiencia con Shah Shuja. En su camino hacia Peshawar, Elphinstone se había sumergido en el relato de Tácito sobre el conflicto entre las tribus germanas y el Imperio romano y en su diario trasladó dichos eventos a su situación actual: imaginaba que los afganos eran como las salvajes tribus germánicas, mientras que los «persas decadentes» serían los delicados y disolutos romanos. Sin embargo, cuando finalmente fue llevado ante el sha, Elphinstone se asombró al ver lo diferente que era el sofisticado Shuja del rudo jefe bárbaro de las montañas que él esperaba. Elphinstone escribió:

El rey de Kabul era un hombre atractivo, de tez olivácea, con una barba negra y poblada. La expresión de su rostro era majestuosa y agradable, su voz clara, su discurso principesco. Al principio pensábamos que llevaba una armadura de joyas; pero, al examinarlo con atención, descubrimos nuestro error, ya que su verdadera vestimenta consistía en una túnica verde, con grandes flores de oro y piedras preciosas, sobre la cual lucía un gran pectoral de diamantes en forma de dos flores de lis aplanadas, en cada muslo un adorno similar, grandes pulseras con esmeraldas en los brazos y muchas otras joyas distribuidas por todas las partes de su cuerpo. En uno de los brazaletes estaba el Koh-i-Nur [...] Será difícil de creer que un monarca oriental haga gala de perfectos modales de caballero, conservando en todo momento su dignidad mientras parecía solo deseoso de complacernos.<sup>38</sup>

Sin embargo, el mejor relato, y ciertamente el más completo, de este primer encuentro entre afganos y británicos fue escrito no por El-

phinstone sino por uno de sus subalternos; William Fraser era un joven estudiante de persa de Inverness y la carta que escribió a sus padres en las Highlands, asombrado ante la recepción ofrecida por el sha, proporciona la imagen más nítida y palpable de Shuja en el momento más álgido de su carrera. Fraser describió la magnífica procesión que escoltó a los oficiales británicos, con sus engalanadas y entalladas casacas, a través de las calles de Peshawar. Desfilaron frente a una multitud de hombres afganos con mantos largos y gorras de piel de oveja negra, mientras que algunas de sus mujeres, a diferencia de las campesinas sin velo, llevaban burkas blancos de cuerpo entero, algo novedoso para los británicos.

Los ingleses fueron reunidos en los patios exteriores de la gran fortaleza de Peshawar, llamada Bala Hisar, igual que la de Kabul. Pasaron junto a los elefantes y al tigre domesticado del rey, «que era sin duda el objeto más magnífico de lo que podría denominarse el patio del palacio» y se encontraron en el patio principal, que estaba frente a la sala de audiencias. En el centro, tres saltarinas fuentes a diferentes niveles «disparaban el agua a una altura considerable, formando una tenue neblina». En el extremo más alejado se encontraba un edificio de dos pisos decorado con figuras de cipreses; la parte de arriba, sostenida por pilares, estaba abierta y contaba con un pabellón abovedado en el centro. Bajo la cúpula dorada, sobre un trono poligonal elevado, estaba sentado el sha: «La presencia de dos guardas sosteniendo en sus manos los emblemas universales de la realeza de las monarquías asiáticas, los *chowries* (matamoscas de crin de caballo), convertía la escena en algo similar a las que alimenta la imaginación al leer cuentos de hadas o *Las mil y una noches*», escribió Fraser. «Cuando entramos por primera vez, rendimos los respetos debidos al sha: nos quitamos los sombreros tres veces, entrelazamos las manos tal y como si estuviéramos llevando agua y, colocándolas frente a la boca, susurráramos lo que se suponía que debía de ser una oración. Concluimos haciendo el gesto de mesarnos las barbas».

La mitad de las tropas armadas que estaban alineadas a ambos lados de la avenida recibieron la orden de retirarse; salieron al trote y sus abollados petos y espaldares tintineaban los unos contra los otros, «causando tanto estrépito como les era posible con su armaduras y pateando la calzada». Cuando se retiraron, un oficial de la corte se detuvo frente a Elphinstone y «llamó, en voz alta y mirando al rey, al embajador Mr. Alfinistan Bahadur Furingee, que Dios lo bendiga; después a Astarji Bahadur (Mr. Strachey) y así sucesivamente, uno tras otro en estricto orden jerárquico, aunque cada vez con más dificultades para pronunciar nuestros nombres extranjeros, como Cunninghame, McCartney

o Fitzgerald, y, ya casi al final, mascullaba cualquier sonido que se le ocurriera».

Una vez terminaron de decir sus nombres, los diplomáticos permanecieron inmóviles y en perfecto silencio durante un minuto, hasta que Shah Shuja «con voz fuerte y clara» proclamó desde lo alto: «*Khush Amuded* [Sed bienvenidos]». Ayudado por dos eunucos, Shuja se levantó de su dorado trono, situado en la parte delantera del edificio, y caminó hasta un *takht* (trono con estrado) situado en el rincón de la sala. Cuando se sentó, los diplomáticos avanzaron por la avenida de los cipreses hasta llegar bajo la arcada de la sala de audiencias. «Al entrar nos alineamos en un lateral de la estancia, donde el suelo estaba cubierto con las alfombras más suntuosas. El rey fue el primero en romper el silencio al preguntar si su británica majestad, el pachá o Angresestan,\* y su nación gozaban de buena salud y añadir que los británicos y su pueblo siempre habían tenido una excelente relación y que confiaba que esta situación se mantuviera por siempre en los mismos términos. A lo que Elphinstone respondió: «Si Dios quiere».

«La carta del gobernador general fue entregada a Shuja [...] Elphinstone explicó las causas y los objetivos de su misión, a lo que el sha respondió complaciente con cordiales y halagadoras garantías». Los emisarios británicos recibieron trajes de gala y, tras ponérselos, se levantaron y cabalgaron de vuelta a sus alojamientos vestidos con ellos.

Aquella noche, Fraser escribió a sus padres sobre la impresión que Shuja le había causado: «Me sorprendió especialmente la solemnidad de su aspecto», escribió, «y el respeto reverencial, romántico y oriental, que despertó en mí su apostura, su persona y su majestad». Continuó:

El rey se sentó sobre sus piernas dobladas, pero en una postura erguida, no reclinada, con las manos apoyadas en la parte superior de los muslos, con los codos hacia fuera. Esta es la misma pose adoptada por ciertos individuos arrogantes y confiados cuando se sientan en una silla inclinados hacia adelante, en dogmático ademán, para intimidar al resto de los mortales, tal y como he visto hacer a (Charles James) Fox en la Cámara de los Comunes al prepararse para erguirse y lanzar sus invectivas contra los ministros corruptos. El lugar en que nos encontramos es el mismo que el de sus súbditos postrándose por primera vez ante su presencia; donde sus exigencias son satisfechas en público y donde la justicia recibe su sanción; donde, quizá, la

---

\* N. de la T.: Podría traducirse como «el país de los ingleses».

tiranía consigue una expedita obediencia [...]. Mis ojos miraban fijamente el suelo entre mis pies: estaba manchado de sangre.

Cuando el sha bajó del trono para trasladarse a la sala de audiencias, Fraser calculó que medía alrededor de 1,70 m de alto y describió el color de su piel como «claro, pero apagado, sin ninguna rojez. Su poblada barba era negra azabache y había sido ligeramente recortada con tijeras. Sus cejas eran altas pero sin arco y dibujaban una pendiente oblicua hacia arriba que se replegaba un poco en los extremos [...] Las pestañas y los bordes de sus párpados estaban ennegrecidos con antimonio, al igual que sus cejas y su barba, que habían sido oscurecidas artificialmente». «Su voz», agregó, era «fuerte y sonora».

Sus vestimentas eran magníficas, la corona, muy peculiar y adornada con joyas. Creo que era hexagonal y en cada esquina se elevaba un penacho de plumas de garza negra [...] símbolo de soberanía y señal del elegido de Dios sobre la tierra. El cuerpo de la corona debía de ser de terciopelo negro, pero las plumas y el oro cubrían casi por completo la superficie de tal manera que no pude distinguir con precisión todas las piedras preciosas empleadas, excepto las esmeraldas, los rubíes y las perlas, que eran las más frecuentes y de extraordinario tamaño y belleza.<sup>39</sup>



Las negociaciones entre Shuja y los británicos sobre su alianza continuaron durante semanas.

Shuja deseaba fervientemente formalizar una alianza con la Compañía para que los británicos le ayudasen a proteger las tierras que Napoleón había prometido a los persas. Pero las malas noticias que llegaban a Peshawar desde todos los frentes desviaron su atención. Pese a todo el esplendor de su corte, el control del sha sobre el trono era mucho más frágil de lo que los británicos podían imaginar. La obsesión de Shah Shuja por escenificar la opulencia de su corte era, en cierta medida, una fachada para ocultar la extrema debilidad de su posición, tal y como Elphinstone y Fraser pronto empezaron a sospechar.

Los problemas de Shuja surgieron en parte de su declarada intención de aportar una nueva dignidad a la política afgana. En 1803, cuando llegó

al poder por vez primera y liberó a Shah Zaman de su encarcelamiento, se negó a infligir a Shah Mahmoud, su derrotado hermanastro, el habitual castigo de dejar ciego al enemigo. «Encontramos mayor satisfacción en el perdón que en la venganza», escribió en sus memorias. «Así, siguiendo las recomendaciones del santo Corán, que apela a la misericordia, y los mandatos de nuestra naturaleza indulgente y compasiva y también reconociendo que el hombre es un compendio de errores y negligencias, escuchamos sus disculpas y le concedimos nuestro perdón real, confiando en que un comportamiento tan desleal no volviera a ocurrir».<sup>40</sup>

Fue así como se puso a Mahmoud bajo arresto domiciliario en un palacio en la parte más elevada de Bala Hisar; sin embargo, dicha decisión terminó por volverse en su contra cuando, en 1808, este logró escapar y unir sus fuerzas a las de los mayores enemigos de Shuja, el clan rival de los barakzais. La disputa entre los dos clanes, barakzais y sadozais, de por sí amarga y sangrienta, iba ahora a desembocar en un conflicto que devastaría el país entero, al enfrentar a las tribus y proporcionar a las potencias vecinas múltiples oportunidades de intervenir. En poco tiempo se convertiría en el principal conflicto afgano de principios del siglo XIX.

Payindah Khan, el patriarca de los barakzais, había sido visir –primer ministro– del padre de Shuja, Shah Timur, y su actuación fue decisiva para la entronización de Shah Zaman tras la muerte de Timur en 1793. En un principio, el visir dio muestras de absoluta lealtad pero, pasados seis años, se produjo un grave desencuentro entre ambos.<sup>41</sup> Un par de meses después, el sha descubrió que su visir había estado conspirando para dar un golpe de Estado con el fin de salvaguardar los intereses de la antigua nobleza. Shah Zaman cometió entonces el error de asesinar no solo al visir al que debía el trono sino también a todos los cabecillas del complot, la mayoría de los cuales eran ancianos líderes tribales. Shah Zaman agravó la situación al no poder detener a ninguno de los veintiún hijos del visir. Lejos de desarticular la amenaza barakzai, Shah Zaman destapó la caja de Pandora. Al comenzar la sangrienta contienda entre las dos familias más importantes de Afganistán se abrió una fractura en la clase política que pronto desembocaría en el cisma de una guerra civil.

El mayor de los hijos del visir era Fattah Khan, que ocupó el lugar de su padre como jefe de los barakzais. Sin embargo, paulatinamente se hizo evidente que el más osado y peligroso de los barakzais era un hermano mucho más joven, hijo de una esposa qizilbash, llamado Dost Mohammad Khan. Este tenía tan solo siete años y trabajaba como copero del visir cuando vio la ejecución de su padre en la corte: este horrible suceso lo dejó marcado de por vida.<sup>42</sup> Creció para convertirse en el mayor de los enemigos

de Shah Shuja y con dieciséis años, en 1809, era ya un despiadado guerrero y un estratega astuto y calculador.

Cuando Shah Shuja llegó al poder, en 1803, hizo todo lo posible para intentar dar por zanjada la sangrienta contienda con los barakzais y traerlos de vuelta al redil. Los hermanos barakzai fueron perdonados y bienvenidos en la corte, mientras que, para sellar la nueva alianza, Shuja se unió en matrimonio a una de sus hermanas, Wa'fa Begum. En principio todo parecía ir bien; sin embargo, los barakzais solo esperaban la oportunidad de vengar a su padre y, tan pronto como Shah Mahmoud escapó de Bala Hisar, Fatteh Khan y Dost Mohammad abrazaron su causa y se unieron a la rebelión.

Poco después de la llegada de la embajada de Elphinstone a Peshawar, Shah Mahmoud y los rebeldes barakzais tomaron la capital afgana meridional de Kandahar. Un mes después, el 17 de abril de 1809, mientras Elphinstone y Shuja ultimaban la redacción de su tratado, los sublevados tomaron el mismísimo Kabul. A continuación comenzaron a preparar el ataque a Shah Shuja en Peshawar. La situación se volvió aún más crítica porque el grueso del ejército de Shuja se encontraba combatiendo otra rebelión en Cachemira y, al mismo tiempo que salió a la luz la noticia de la pérdida de Kabul, comenzaron a llegar informes alarmantes sobre la campaña del norte de la India: los dos nobles al mando del ataque habían tenido un enfrentamiento y uno de ellos se había unido a los rebeldes.

Mientras el rey estaba ocupado con estos asuntos, Elphinstone y su equipo comenzaron a reunir datos sobre el país, interrogando a comerciantes y estudiosos de diferentes partes de Afganistán e informándose acerca de la geografía, el comercio y las costumbres tribales. Se enviaron distintos emisarios: a un tal Mullah Najib le pagaron cincuenta rupias por reunir información sobre los siyah posh de Kafiristán, supuestos descendientes de las legiones griegas de Alejandro Magno. Elphinstone encontró en el *munshi*, o secretario, de Shah Shuja una fuente de información inagotable: «Un hombre entregado a la vida retirada y al estudio que, sin embargo, era un auténtico genio con una insaciable sed de conocimiento. Pese a su dominio de la metafísica y las ciencias morales conocidas en su país, su pasión eran las matemáticas y estudiaba sánscrito con el fin de descubrir los tesoros del conocimiento hindú». La corte contaba con otros pensadores e intelectuales y juntos «acaparaban gran parte de la sabiduría del país [...]. Entre los mulás había eruditos, amantes de los placeres mundanos, deístas, estrictos mahometanos y devotos de las doctrinas místicas de los sufíes».<sup>43</sup>

El sha permitió a Elphinstone y a su comitiva disfrutar de los jardines de recreo reales y, como solían madrugar para continuar con sus investigaciones, por la tarde hacían descansos en el Shah Zeman Bagh, donde la plantación de árboles frutales era tan densa que «no dejaba penetrar el sol del mediodía, lo que lo convertía en un refugio perfecto [...]. Después del almuerzo nos retirábamos a uno de los pabellones, con el suelo del todo alfombrado.. Aquí pasábamos el tiempo leyendo los abundantes versos en persa grabados en los muros, la mayoría de los cuales aludían a la inconstancia de la fortuna, lo que los hacía válidos para describir la situación del rey».<sup>44</sup>

Aquí era donde Elphinstone se sentaba a garabatear en su diario, donde trataba de captar todos los matices del carácter afgano, tan rico en contradicciones. «Sus vicios», escribió, «son la venganza, la envidia, la avaricia, la codicia y la obstinación; por otro lado, son amantes de la libertad, fieles a sus amigos, buenos con aquellos que están a su cargo, hospitalarios, valientes, duros, frugales, laboriosos y prudentes».<sup>45</sup> Fue lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que el resultado de las batallas afganas raramente se decidía tras una victoria militar, sino por la habilidad para negociar dentro del juego cambiante de las lealtades tribales. «La victoria generalmente se decide con el cambio de bando de algún jefe», escribió Elphinstone, «ya que la mayor parte del ejército o bien sigue su ejemplo o bien termina huyendo».<sup>46\*</sup>

En este preciso instante, Shuja negociaba por la supervivencia de su régimen. Las cartas que envió William Fraser a su familia desde Peshawar muestran cómo, rápidamente, el optimismo inicial de la embajada fue trocándose en preocupación. «Los informes que circulan hoy son pésimas noticias para nuestro pobre amigo Shuja al-Mulk», escribió Fraser el 22 de abril. «Se dice que Kabul y Gazni han sido tomadas por los rebeldes y que el ejército de Cachemira ha sido derrotado. Estos son los rumores que se extienden por la ciudad, pero suelen darse por ciertos y, me temo que en este caso, lo son. Por ello, no puede seguir considerándose a este hombre como el rey y debe huir, al menos por un tiempo, o bien jugarlo todo en una batalla».<sup>47</sup>

Los británicos empezaban a comprender que Afganistán era un lugar difícil de gobernar. En los últimos dos milenios, solo durante breves periodos de tiempo el país había sido regido por un poder central con-

---

\* N. del A.: Esto era a menudo cierto en India: las victorias de Clive en Plassey y Buxar fueron, en realidad, más bien negociaciones que llegaron a buen puerto entre los banqueros británicos y los poderosos indios y no fruto del triunfo de las armas y el valor que la propaganda imperial quiso aducir.

sistente, durante los cuales las diferentes tribus reconocían la autoridad de un único gobernante, y todavía más breves fueron los momentos en los que se alcanzó algo similar a un sistema político unificado. En cierto modo, más que un estado era un caleidoscopio de principados tribales enfrentados, gobernados por *maliks* o *vakils*, en lo que las alianzas eran meramente personales y dependían más de la negociación que de la imposición. Las tradiciones de las tribus eran igualitarias e independientes y solo se sometían a una autoridad externa bajo sus propias condiciones. Las recompensas financieras posibilitaban la cooperación, pero rara vez aseguraba la lealtad: el soldado afgano debía su obediencia al jefe tribal que lo reclutaba y pagaba y no a los shas durranis de las remotas ciudades de Kabul o Peshawar.

Sin embargo, a menudo, ni siquiera los líderes de las tribus eran capaces de garantizar adhesiones a causa del carácter fluctuante y difuso de la autoridad. Como dice el proverbio: «Tras cada colina se sienta un emperador» —*pusht-e har teppe, yek padishah neshast* (o también: «Cada hombre es un *kan*» *har saray khan deh*)—. <sup>48</sup> En este contexto, el estado nunca tuvo el monopolio del poder, sino que era uno más de los candidatos en liza en búsqueda de alianzas. «Un emir afgano duerme siempre sobre un hormiguero», dice otro proverbio. <sup>49</sup> Elphinstone lo comprendió mientras observaba cómo el reino de Shah Shuja se desintegraba a su alrededor. «El funcionamiento interno de las tribus cumple con su cometido», escribió, «los mayores desórdenes del gobierno central nunca afectan a sus actividades ni perturban la vida de sus gentes». <sup>50</sup> No es de extrañar que los afganos denominaran orgullosamente a sus montañas Yaghistan, «la tierra de la rebelión». <sup>51</sup>

Durante siglos, muchas de las tribus habían ofrecido sus servicios a los imperios vecinos a cambio del equivalente político del pago por protección: incluso durante el apogeo del Imperio mogol, por ejemplo, los emperadores —desde las lejanas Delhi y Agra— se habían dado cuenta de que era imposible siquiera plantearse imponer un gravamen a las tribus afganas. En cambio, la única manera de mantener abierta una vía de comunicación con la tierra natal de los mogoles en Asia Central era pagando pingües «subsidios» anuales a las tribus: durante el gobierno de Aurangzeb, los mogoles pagaron 600 000 rupias al año a los líderes tribales afganos para asegurarse su lealtad, de las cuales 125 000 fueron a parar a la tribu de los afridi. Aun así, el control mogol de Afganistán fue intermitente, en el mejor de los casos, e incluso el victorioso Nadir Shah, que acababa de saquear Delhi en 1739, pagó a los jefes tribales enormes sumas por asegurarse un paso seguro por el Jáiber en ambos

sentidos.<sup>52\*</sup> Había otras opciones: los afganos podían ser convencidos para aceptar la autoridad de un líder a cambio de cuatro quintas partes del botín de sus saqueos y conquistas, tal y como había sucedido con Ahmad Shah Abdali y Timur Shah.<sup>53</sup> Sin embargo, en ausencia de un gobernante con las arcas llenas o el aliciente de un jugoso botín con el que cementar a los diferentes grupos de poder, Afganistán tendía casi siempre a resquebrajarse: los pocos momentos de concordia se basaron en los éxitos de sus ejércitos, nunca en los de su administración.

Ciertamente, así era la situación en la que se encontraban Shah Shuja y lo que quedaba del imperio de su abuelo. En mayo de 1809, dos meses después de la llegada de la embajada de Elphinstone, la magnitud del desastre que se presentaba comenzaba a ser evidente: «Los caminos no son seguros y todos los clanes y sus jefes, liberados del poco control que, rara vez, se había ejercido sobre ellos, saqueaban, discutían y se peleaban los unos contra los otros», escribió Fraser.

El ejército del rey ha sido aniquilado en Cachemira [...]. De 15 000 hombres, solo 3000 han regresado. Los demás han perecido o se han pasado al enemigo [...]. Mientras tanto, Shah Shuja pone todo su empeño en intentar recaudar dinero de cualquier manera: anima a algunos, persuade a otros y aplaca al resto con promesas. También lo intenta con los *sardars* (comandantes) del enemigo y hace todo tipo de sacrificios y todo lo que un hombre valiente y un rey preocupado puede hacer, con las arcas casi vacías, un ejército derrotado y disperso y unos nobles arrogantes e independientes.<sup>54</sup>

En su desesperación, el sha reclutó un nuevo ejército entre las tribus del Jáiber y pasó el mes de mayo adiestrando a todos los reclutas que podía permitirse pagar; a estas tropas se les unieron unos cuantos soldados procedentes de Cachemira, «desmontados, desarmados y casi desnudos».<sup>55</sup> Tal era la tensión en Peshawar que una muchedumbre enfurecida se reunió a las puertas de la sede de la embajada después de que se difundiera el rumor de que los británicos habían tenido contactos con los rebeldes y de que Shuja había ordenado que dicha sede fuera saqueada.<sup>56</sup> El 12 de junio, con la seguridad de la embajada en riesgo y con unos

---

\* N. del A.: Los británicos aprendieron más tarde a seguir el ejemplo mogol. Según un fragmento de un verso popular de época imperial, la política británica se convirtió en: «machacar a los habitantes de Sind, hacerse amigos de los de Baluchistán, pero pagar a los pastunes».

caminos cada día más peligrosos, Elphinstone y sus asistentes se despidieron del sha y partieron rumbo a Delhi y Calcuta por el sudeste.

Mientras tanto, Shuja se preparaba para defender su posición. «Aunque el sha recibía pésimas noticias por doquier y veía cómo la maledvolencia y la adversidad se apoderaban de su administración, se mantuvo firme y no permitió que el miedo lo consumiera», reflejaba Sultan Mahmud Durrani en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]. «Muy al contrario, marchó con sus tropas para enfrentarse al ataque de Shah Mahmud». <sup>57</sup>

Menos de una semana después, mientras acampaban en la margen izquierda del Indo —protegidos por las murallas de la gran fortaleza de Akbar en Attock—, los británicos vieron una destartada caravana real llegar a la orilla norte y prepararse para cruzar el río de manera apresurada. Eran el ciego Shah Zaman y Waʿfa Begum, que dirigían el harén sadozai a una zona segura. «Describiros el efecto que tuvo aquel encuentro en los ánimos de todos nosotros sería tan complicado como triste», escribió Fraser. «Muchos contenían a duras penas las lágrimas. El monarca ciego estaba sentado en un catre bajo [...]. Desde una distancia prudencial sus ojos parecían normales, como si tuvieran una mota cada uno y una superficie un poco irregular. Una vez sentados, nos recibió como de costumbre y solo dijo que lamentaba las desgracias actuales de Shuja y que confiaba en que Dios le volvería a favorecer». <sup>58</sup>

Shah Zaman no pudo traernos peores noticias. La derrota de Shuja había sido absoluta. Su ejército había avanzado desde Jalalabad hacia Kabul y su vanguardia acababa de llegar a los cipreses del jardín mogol de Nimla cuando sus fuerzas sufrieron una emboscada mientras seguían aún diseminadas a lo largo del camino. Armados con lanzas y afilados puñales del Jáiber, los rebeldes a caballo arrollaron a los soldados de Shuja, dando alaridos, atravesándolos con lanzas y aporreándolos con las culatas de sus mosquetes. Los cuerpos golpeados y perforados cayeron como si de repente se hubieran desinflado. Entonces, los jinetes bajaron de sus caballos y destriparon y profanaron los torsos de los caídos, cortándoles además los genitales para luego introducirlos en sus bocas. En cuestión de minutos el general de Shuja estaba muerto y los nuevos reclutas habían huido. Muchos de sus nobles, que habían sucumbido a los sobornos de Fatteh Khan Barakzai, se pasaron al enemigo. <sup>59</sup> Shah Shuja había permanecido en la retaguardia y cuando le llegó la noticia de la emboscada, esta ya había terminado. Su nuevo ejército se había desintegrado y, en el caos de la desbandada, el rey se había quedado solo, alejado incluso de su guardia personal.

Más tarde, al anochecer, una tormenta estalló sobre el desmoronado ejército, su fragor ahogaba el paso apagado de los exhaustos caballos. «El azote del cielo era tal que la lluvia de ese día inundó el río e hizo que fuera casi imposible de cruzar», se cuenta en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]. «Pero Shah Shuja, confiando en el Todopoderoso, se adentró en el río con su caballo». Al principio el pecho del semental atravesaba el agua como una quilla y sus patas se apoyaban en el fondo de guijarros del río Kabul. Pero Shuja «solo había llegado hasta la mitad del camino cuando un torrente le hizo resbalar de su montura. Finalmente, él y el caballo consiguieron nadar hasta el otro lado, aunque con gran dificultad; pero el resto de soldados se negaron a cruzar. Así fue cómo el sha acabó pasando la noche solo, abandonado por cada uno de sus cortesanos y servidores». <sup>60</sup> Shuja lo expresó de manera más sucinta: «Nos quedamos solos y desprotegidos», escribió, «como una piedra preciosa en su engaste». <sup>61</sup>

El rey, que había comenzado el año de manera tan prometedora y que tan solo unas semanas antes había desplegado una deslumbrante exhibición de poder absoluto, se convirtió una vez más, tal y como había sucedido durante su juventud, en un fugitivo solitario que galopaba por los rincones más oscuros de la noche afgana.



## NOTAS

- 1 Burnes, A., 1843, 273, para los detalles de la primavera de Kabul.
- 2 Durrani, S. M. K. ibn M. K., 1881, 219.
- 3 La región histórica de Jorasán incluyó gran parte del este de Irán, pero normalmente no se consideraba que incluyera también el norte de Afganistán.
- 4 Shuja, S., (1333), decimoctavo evento.
- 5 Durrani, S. M. K. ibn M. K., *op. cit.*, 226.
- 6 Shuja, S., *op. cit.*, decimoctavo evento.
- 7 Lieven, D., 2009, 45-47.
- 8 Citado en Malcolm, *sir J.*, 1826, vol. I, 310.
- 9 Amini, I., 1999, 112; Atkin, M., 1980, 125.
- 10 OIOC, Board's Collections: Sec Desp to India, vol. III, Draft to Governor General-in-Council, 24 September 1807, n.º 31; Kelly, J. B., 1968, 82-83. Para el noble ruso escondido bajo la embarcación, *vid.* Hopkirk, P., 1990, 33.
- 11 Amini, I., *op. cit.*, 129.
- 12 Kaye, *sir J. W.*, 1867, vol. I, 234.
- 13 Hay un relato maravilloso del viaje de los dos muchachos escrito por Barbara Strachey, descendiente de Edward, Strachey, B., 1985, 100-105. Los diarios de ambos se conservan en la India Office Library, aunque la escritura de Elphinstone es

- tan descuidada que resulta casi ilegible. El de Mountstuart Elphinstone está en BL, OIOC, Mss Eur F88 Box 13/16[b] y el de Edward Strachey en Mss Eur F128/196.
- 14 Mohammad, F., 1913, vol. I, 40. La batalla de Panipat de 1761 fue la quinta en el lugar.
  - 15 Mohammad, M. A., (1331) 1952, 1-9.
  - 16 Mohammad, F., *op. cit.*, vol. I, 63.
  - 17 Caroe, O., 1958, 262; Latif, S. M., 1964, 299; Nichols, R., 2001, 90.
  - 18 Prinsep, H. T., 1846, vol. I, 260; Mohammad, F., *op. cit.*, vol. I, 84; Elphinstone, M., 1819, vol. I, 317.
  - 19 Mohammad, M. A., (1331) 1952, *op. cit.*, 57-75.
  - 20 Shuja, S., *op. cit.*, introducción.
  - 21 Durrani, S. M. K. ibn M. K., *op. cit.*, 212.
  - 22 Shuja, S., *op. cit.*, introducción.
  - 23 *Ibid.*, séptimo evento.
  - 24 Mohammad, F., *op. cit.*, vol. I, 95.
  - 25 Durrani, S. M. K. ibn M. K., *op. cit.*, 217.
  - 26 *Ibid.*, 215.
  - 27 *Ibid.*, 244-269. Los afganos todavía tienden a hablar de los indios, e incluso de los paquistaníes, de esta manera. Al comer arroz y carne se consideran seres humanos infinitamente superiores.
  - 28 Johnson, R., 2011, 48.
  - 29 Hopkins, B. D., 2008, 129, 159; Noelle, Ch., 1997, 281.
  - 30 Noelle, Ch., *op. cit.*, 288.
  - 31 Elphinstone, M., *op. cit.*, vol. I, 2-7.
  - 32 *Ibid.*, 13.
  - 33 *Ibid.*, 21.
  - 34 *Ibid.*, 52-4.
  - 35 BL, OIOC, Forster Papers, Mss Eur B 14/Mss Eur K 115, 12 July 1785.
  - 36 Adaptado por Caroe, O., *op. cit.*, 244.
  - 37 Aunque tradicionalmente se han atribuido a Khushal, muchos estudiosos dudan de la autenticidad de estos célebres versos.
  - 38 Elphinstone, M., *op. cit.*, vol. I, 67-68.
  - 39 Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, 171, W. F. a su padre, 6 de marzo de 1809.
  - 40 Shuja, S., *op. cit.*, vigésimo sexto evento.
  - 41 Reshtia, S. Q., 1990, 18; Noelle, Ch., *op. cit.*, 8.
  - 42 Mohammad, F., *op. cit.*, vol. I, 86.
  - 43 Elphinstone, M., *op. cit.*, vol. I, 82-83, 282.
  - 44 *Ibid.*, 80-81.
  - 45 *Ibid.*, 399.
  - 46 *Ibid.*, vol. II, 276.
  - 47 Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, 149, W. F. a su padre, 22 de abril de 1809.
  - 48 Johnson, R., *op. cit.*, 44.
  - 49 *Ibid.*, 42.
  - 50 Elphinstone, M., *op. cit.*, vol. II, 276.
  - 51 Hopkins, B. D., *op. cit.*, 1.
  - 52 Noelle, Ch., *op. cit.*, 164-165.
  - 53 Johnson, R., *op. cit.*, 43.
  - 54 Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, 177, W. F. a su padre, 7 de mayo de 1809.

- 55 Elphinstone, M., *op. cit.*, vol. I, 87.  
56 *Ibid.*, 89.  
57 Durrani, S. M. K. ibn M. K., *op. cit.*, 223.  
58 Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, 201-6, W. F. a su padre, 19 de junio y 6 de julio de 1809.  
59 Mohammad, F., *op. cit.*, vol. I, 115.  
60 Durrani, S. M. K. ibn M. K., *op. cit.*, 229.  
61 Shuja, S., *op. cit.*, vigésimo sexto evento.



«Una narración comparable a la de Rudyard Kipling».

David Solar, *La Razón*

«Una de las mayores humillaciones militares de la historia».

Guillermo Altares, *El País*

«La humillación británica en 1842 por su prepotencia».

César Cervera, *ABC*

«Una verdadera obra de arte».

John Darwin, *New York Times*

«Soberbio».

*Financial Times*

«Cautivadora, inteligente y de gran picardía».

*Wall Street Journal*

---

En la primavera de 1839, cerca de veinte mil soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cruzaron los pasos de alta montaña para invadir Afganistán y restablecer en el trono a Shah Shuja al-Mulk.

Sin embargo, tras dos años de ocupación relativamente pacífica, el pueblo afgano respondió a la llamada a la yihad y el país entero estalló en una violenta rebelión. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero, de la que era entonces la nación más poderosa del mundo, acosado hasta su completa aniquilación por «bárbaras» tribus de «harapientos» montañeses. *El retorno de un rey*, contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato de la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que, por vez primera, se emplean las crónicas afganas contemporáneas del conflicto.

El galardonado historiador William Dalrymple narra con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial en un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo y la aventura.

ISBN: 978-84-123239-0-0



P.V.P.: 27,95 €

**OTROS  
TÍTULOS**